



Colombia

cuenta

La colección *Latinoamérica cuenta* es una ruta que nos propusimos recorrer a través de las letras regionales. Este año nuestro lugar de partida y de llegada es Colombia, país de dos mares, cordilleras, páramos, selvas húmedas, paisajes que se extienden desde el piedemonte hasta la vera de ríos, bosques secos, fauna simpar. Tan diverso como el paisaje es el colombiano que lo habita. En estos cuentos y fragmentos hay algo del ritmo de sus voces, de su relación con el entorno, de la geografía que comparte espacio con los hombres y los desafía. *Colombia cuenta* es, al sol y al agua, una mirada que navega las rutas más íntimas para llegar al corazón de lo que somos.





Colombia

cuenta

Amalia Lú Posso Figueroa
Carlos “Cachi” Ortégón · David Sánchez Juliao
Efe Gómez · Julio Quiñones
Lenito Robinson-Bent
Tulio González Vélez

Ilustraciones de
María Isabel López

Colombia cuenta

Al sol y al agua

© 2019, del texto: Amalia Lú Posso Figueroa, Carlos “Cachi” Ortegón,
David Sánchez Juliao, Efe Gómez, Julio Quiñones,
Lenito Robinson-Bent, Tulio González Vélez.

© 2019, de la ilustración: María Isabel López

© 2019, de esta edición: Grupo SURA

Autores:

Amalia Lú Posso Figueroa

Carlos “Cachi” Ortegón

David Sánchez Juliao

Efe Gómez

Julio Quiñones

Lenito Robinson-Bent

Tulio González Vélez

Asesora literaria: Pilar Gutiérrez Llano

Ilustradora: María Isabel López

Edición y diseño: Tragaluz editores

Impresión: Marquillas S. A.

ISBN

Primera edición, noviembre de 2019

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los editores,
bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Grupo SURA

David Bojanini

Presidente

Comité Directivo:

Ricardo Jaramillo

Tatyana María Orozco

Juan Luis Múnera

John Jairo Vásquez

Mónica Guarín

Comité Cultural:

Juan Luis Mejía

Marta Elena Bravo

Carlos Arturo Fernández

Ricardo Jaramillo

Lina Marcela Roldán

SURA Asset Management

Ignacio Calle Cuartas

Presidente

Suramericana

Gonzalo Alberto Pérez

Presidente

Comité Directivo:

María Adelaida Tamayo

Carlos Oquendo Velásquez

Tatiana Uribe Aristizábal

Sebastián Rey Lizzano

Juan Camilo Osorio

Maurizio Olivares Roncagliolo

Catalina Restrepo Cardona

Claudia Urquijo Rodríguez

Joaquín Idoyaga Larrañaga

Comité Directivo:

Juana Francisca Llano

Sergio Pérez Montoya

Juan Fernando Uribe

Gloria María Estrada

Luis Ramos Espinoza

Juan Camilo Arroyave

Juan Carlos Escobar

Contenido

13

– Región Insular –

El viernes del hidroavión

Lenito Robinson-Bent

31

– Región Caribe –

¡Ah, el verano!

David Sánchez Juliao

45

– Región Andina –

Narciso negro

Tulio González Vélez

55

La tragedia del minero

Efe Gómez

65

– Región Pacífico –

Secundina Caldón

Amalia Lú Posso Figueroa

77

– Región Orinoquía –

El Llano: viento y agua

Carlos “Cachi” Ortegón

85

– Región Amazonía –

En el corazón de la América virgen

Julio Quiñones

.

113

La ilustradora

María Isabel López

Presentación

Es emocionante cómo, año a año, vamos enriqueciendo la colección *Latinoamérica Cuenta*. Esta vez, en medio de la celebración de los 75 años de Suramericana, publicamos *Colombia cuenta*, país de origen del Grupo Empresarial SURA (Grupo SURA, SURA Asset Management y Suramericana), que hoy presta sus servicios en diez países en América Latina y tiene más de 37 millones de clientes. Se suma entonces Colombia a este viaje literario. Ya recorrimos Argentina y México; el coro de voces se hace cada vez más potente y todas sus historias nos muestran una comunidad latinoamericana rica en diversidad y cultura.

Que una compañía amplíe sus fronteras es una forma de crear lazos y consolidar una red. La presencia en otros países de la región propicia el conocimiento de lo que somos para, desde allí, ejercer principios como el respeto, la responsabilidad y la equidad. Se trata entonces de aumentar las posibilidades de integración.

Con esta colección de cuentos y fragmentos de novelas nos adentramos en la geografía de los países y nos

acercamos a ellos desde sus distintas regiones, vemos que por más que nos queramos definir nunca cabemos en un solo molde y las generalizaciones pierden todo sentido. Hay territorios que, por su ubicación geográfica, tienen mucho más marcada esa pluralidad y Colombia es uno. No es lo mismo un costeño del Pacífico que uno del Atlántico. Poco tiene que ver la idiosincrasia del llanero con la del andino. El Amazonas es un mundo por descubrir y San Andrés y Providencia nos sorprenden hasta con su lengua, el criollo sanandresano.

La literatura como expresión artística nos retrata, plasma nuestra forma de pensar, de ver el mundo y nos ayuda a encontrar vínculos culturales que nos sirven para entendernos mejor y, a través de un pensamiento colectivo, empezar a construir juntos.

Celebramos que Colombia sea ahora nuestro destino.

Grupo Empresarial SURA



Colombia
cuenta

Región
Insular

– *Cuento* –

El viernes del hidroavión

Lenito Robinson-Bent

Región Insular

Los dos océanos que rodean al país hacen aparecer la región Insular formada por islas continentales y oceánicas, islotes y cayos. Según la costa que los ampare, son caribeños o pacíficos. De su ubicación también depende que sean áridos o húmedos. Algunos exhiben paisajes selváticos, resistentes a la intervención humana, otros están densamente poblados. En cualquier caso, guardan misterios propios de sus bordes llenos de mar, como el criollo sanandresano, una lengua que solo se habla en el Caribe colombiano.

Lenito Robinson-Bent

(Isla de Providencia, 1956). Escritor, profesor y traductor. Maestro en literatura francesa de la Universidad de París. Vive actualmente en Montreal, Canadá. Además de ser bilingüe (inglés y español) como todos los habitantes de la isla, habla también el francés que aprendió como autodidacta. Su obra *Sobre nupcias y ausencias* es considerada por muchos como la génesis de la literatura en Providencia. La obra de Lenito Robinson-Bent sigue siendo, como dijo el escritor Jaime Jaramillo Escobar hace unos años, un hallazgo.



Sí, padre. Cómo no me voy a acordar de aquel viernes tumultuoso cuando llegó el hidroavión a la playa aquí enfrente. Yo tendría algo así como ocho años mal contados; sin embargo he conservado siempre fresco el recuerdo de aquella conmoción nacional que nos enlutó forzosamente a todos, no por lazos familiares ni amistosos con quien era ya el muerto, sino porque la magnitud de los funerales de monarca legendario produjo un ruido tal que, por momentos, cada familia llegaba a tener la casi certera impresión de tener el cadáver en su propia casa. Desde el jueves anterior, con una rapidez de relámpago, se había difundido la noticia con tanta eficacia de modo que el viernes por la mañana ningún habitante de la isla de San Macario ignoraba la noticia aciaga del fallecimiento de Orestes Archfield en el extranjero. También habíamos sido informados de que sus restos de patriota ilustre y ciudadano ejemplar habían de ser expuestos en la sala múltiple de la alcaldía para recibir las honras póstumas de parte de la adolori-

da ciudadanía, según rezaba el decreto oficial promulgado para la ocasión. También se había anunciado que sus despojos llegarían en un hidroavión. En realidad, casi nadie tenía la más mínima idea de lo que podría ser un hidroavión. Ni nociones. Tú debes recordar muy bien que el jueves anterior, casi entrada la noche, a la hora en que escuchabas en la radio alguna remota emisora, un grupo de hombres, serían diez o doce, todavía en indumentaria de jornaleros y pescadores irrumpieron en la sala de nuestra casa sin haber sido invitados, con un ruido largo y confuso. Dizque habían apostado, los unos afirmando que el hidroavión era una especie de gaviota gigante hecho de palo y lona que volaba, los otros aferrándose a la idea de la concepción de ese aparato como un gran pez volador, pero de alas más largas. ¿A qué fue a lo que habían venido? ¡Ah! Ya lo recuerdo. Fue para que tú mediaras en la apuesta, ¿cierto? Ellos decían que tú sabías mucho porque tenías un radio transistor y escuchabas hombres que hablaban desde lejos; además tenías libros y te llegaban periódicos atrasados de Panamá. Fue entonces que sacaste la vieja pizarra en donde nos enseñabas a sumar, restar, multiplicar y dividir números ejemplificados con cocos, y sentado sobre una vieja silla de mimbre, te acomodaste frente a ellos con un aplomo de maestro de escuela viejo, y ellos, los unos sentados, los otros arrodillados desordenadamente sobre

el piso de madera recién encerado, se dispusieron aplicadamente y en silencio a seguir con la vista las uniones de líneas y curvas que iba dejando tras sí la tiza en cada chirrido. Además del dibujo improvisado, las explicaciones metódicas de precisión didáctica iban despejando cualquier sombra de duda que hubiera podido quedar. Al día siguiente, luego de la confrontación con la realidad, todos coincidieron en afirmar que el hidroavión era igual al que tú habías pintado, pero ahora eso no tiene importancia; lo que te estoy recordando es la magnitud de la turbamulta en la playa ese día.

La noche del jueves, seguido de una nutrida comitiva vestida de luto hasta los puños, el alcalde recorrió la isla a caballo para enterar personalmente a la población de la desgracia que acababa de acaecer, según el mensaje recibido en código morse, y también quería aprovechar la ocasión para promulgar de viva voz el decreto mediante el cual elevaba póstumamente a Orestes Archfield a la categoría de héroe benemérito, no solo de la isla sino también de la patria entera, y por lo tanto este disfrutaría de funerales grandiosos, féretro envuelto en el pabellón nacional y tirado por cuatro caballos blancos, etcétera, reservados únicamente a los grandes héroes de la historia universal. También había declarado el viernes día cívico. En cada sector, en los lugares más frecuentados, como

tiendas, cantinas, salas de dominó y de bailes, se detenía bruscamente y, sin bajarse del caballo, el alcalde profería con gritos desafinados los términos del nuevo decreto que acababa de entrar en vigor y el cual, además de abarcar párrafos laudatorios, contemplaba el cierre de todos los establecimientos, tanto oficiales como privados, lo mismo que la prohibición de todo género de manifestaciones, actos o iniciativas que pudieran atentar contra el respeto y el protocolo luctuoso que merecen las grandes figuras en los momentos de conmoción nacional. Agregado a todo lo anterior, izar la bandera nacional a media asta fue proclamado deber y obligación cívicos.

Desde temprano el viernes, a la salida del sol, sobre la playa los agentes del orden se fueron colocando estratégicamente en sitios previamente asignados para, cuando llegara el avión, evitar, según palabras textuales del alcalde, «aglomeraciones confusas e histeria colectiva». Plantaron postes, tendieron sogas alrededor de la playa haciendo cercos semejantes a aquellos que se hacen para contener el ganado en los potreros, trazaron calles, desfiladeros y laberintos intrincados desde y hasta el mar con zonas reservadas para las autoridades militares, eclesiásticas y civiles, al final de las cuales se desplegaba una amplia explanada para «el pueblo adolorido», todo concebido y realizado dentro de una organización precisa y una disciplina insuperable.

Desde la hora gris del alba las mujeres descalzas se vinieron bajando las faldas de las lomas peladas con niños llorosos sobre las caderas, abandonando los oficios domésticos del día entero sin que un fósforo se encendiera en la cocina. Los hombres, luego de la prohibición oficial no tuvieron más remedio que dejar en cualquier rincón del patio los machetes, canaletes, anzuelos, palas, hachas y cuanto herramienta tuvieran, para sumarse a la inevitable paralización de la isla de San Macario. A las nueve de la mañana toda la isla se encontraba reunida sobre la playa, tal vez no tanto para rendir el homenaje póstumo decretado, sino más bien para saciar la curiosidad colectiva en lo referente a la naturaleza del hidroavión. Tampoco faltaría quien aprovechara la oportunidad para agradecer silenciosamente al Altísimo por haber retirado a Orestes Archfield de entre los vivientes. Razones tenían de sobra para justificar la satisfacción de ese último deseo cumplido. No te duermas, padre, que ahora te llevo al grano del asunto, esto no es sino para que te refresques un poco la memoria. Ahí frente a la tarima el alcalde debió salmodiar la monserga fúnebre preparada y redactada por él mismo para la ocasión, estaban los colegiales alineados en fila india, vestidos con uniformes de gala y guantes blancos tras su banda de guerra, emitiendo réquiems improvisados y desafinados en los tambores,

cornetas y platillos durante toda la mañana bajo el sol canicular de marzo. Más allá de los colegiales, a ambos lados de la tarima, los agentes del orden luciendo trajes de gala formaban el corro a las autoridades. Y más allá de las líneas tendidas la isla no emitía señal alguna de vida; parecía que en un acto colectivo de previsión contra alguna catástrofe que se avecinara, toda la población, desde hacía varios días, quizás semanas o meses, en grandes desbandadas hubiera abandonado completamente la isla. Ni un hilo de humo ascendía sobre los techos rojos de las casas, ni una ventana abierta; todo dormía detrás de una especie de letargo sin tiempo. En ese momento todos los ciclos de la vida se desarrollaban sobre la playa en torno a la muerte de Orestes Archfield. Todos parados en la punta de los dedos de los pies, sumidos en un silencio denso y compacto igual a aquel que habían mantenido toda una vida ante las decisiones irrevocables, las ambiciones sin límites y los caprichos desmesurados de Orestes, escudriñaban el filo recto y despejado del horizonte para registrar el instante preciso en que el hidroavión irrumpiría en el dominio de este mundo con su carga ilustre. No te desesperes, padre, que ya casi voy llegando a donde quiero llegar, pero para que la historia no quede con lagunas ni vacíos, ten un poco de paciencia, que te recordaré lo que he escuchado decir por ahí. Pues, en aquel tiempo

yo no había nacido aún; a mí me lo contaron. Tú debes saber mejor que yo.

Jubilado de la marina americana luego de la Segunda Guerra Mundial, Orestes vino aquí con un barquito de motor, el primero que se vio por estos mares dizque para modernizar el sistema de transporte y acortar la distancia entre la isla de San Macario y el mundo civilizado, según decía él. A propósito, ¿cómo se llamaba el barquito? Ah, ya me acuerdo. La Galera Dorada, ¿cierto? Después de unos cuantos viajes entre la isla y lo que él denominó el mundo civilizado, Orestes mandó construir su propio muelle al otro lado de un local inmenso, también suyo, destinado a bodega y almacén. Fue así como empezó a traer y vender toda suerte de baratijas al por mayor y al detal, al contado y a crédito, por trueque y por hipoteca. También fue así como la población consumidora llegó a familiarizarse con alimentos enlatados de etiquetas multicolores en varias lenguas y tuvo la oportunidad de saborear la más variada gama de productos en conserva, sin jamás aprender a pronunciar sus respectivos nombres. De la misma manera, pudieron conocer las gaseosas con burbujas efervescentes en botella, la cerveza, el confite con goma de mascar dentro, la pimienta en polvo, los sostenes femeninos con elástico, el salchichón colgado, las chancletas de caucho, el vino fino, los jabones de tocador perfumados, los platos

de porcelana, el agua de colonia, los calzoncillos de Jockey, la peluca para mujeres, las galletas de mantequilla, la mermelada de fresa, las toallas higiénicas, el reloj de muñeca, las enaguas de seda, los cubiertos de acero inoxidable, los esmaltes para uñas, los pintalabios seductores, las muñecas rosadas de ojos parpadeantes, las bacinillas con flores pintadas en el fondo, los cuadernos con la tabla de multiplicar en la pasta, el reloj despertador, la crema de afeitar, los calcetines elásticos, el estilógrafo con bomba de tinta incorporada, los lápices de colores, el abrelatas, el sacacorchos, el cortauñas, las gafas de sol, las toallas con paisajes, las sábanas y cortinas con fondos de jardines primaverales, las linternas de pilas, el sedal de plástico, los cigarrillos extranjeros, el papel higiénico, el anzuelo transparente, los vasos de plástico, la camisa de nailon, el talco perfumado, el veneno contra ratones, las botas impermeables, los gorros para capitán, el almanaque Bristol, la escoba plástica, los corbatines con elástico, los anillos niquelados, los manteles de plástico con dibujos abigarrados de frutas tropicales, la bandera nacional con etiqueta *Made in USA*, y eso no es todo, padre. Acuérdate que también trajo las faldas con pliegues acordeonados, el perfume para la buena suerte, el juego del bingo, los naipes con posturas pornográficas, los forros plásticos para cuadernos, el radio transistor, la ginebra seca, las inyecciones

contra fiebre amarilla para vacas, la malla contra mosquitos, el azúcar en cubo, las esquelas de cartas con paisajes melancólicos, el retrato de Lincoln, las pastillas efervescentes contra el guayabo, la leche materna en polvo, las fotonovelas para señoritas desahuciadas, el metro plegable, el remedio contra el peso de conciencia y... no te duermas, padre. ¡Y qué más no trajo! Lo último que trajo, mejor dicho, que lo trajo a él, fue el hidroavión, ¿cierto?

Toda la isla, embelesada y atolondrada ante ese vendaval de novedades y cachivaches que de la noche a la mañana venían invadiendo la curiosidad, hasta de los más viajados, comenzó a hacerse anotar en la lista de créditos sin cuota inicial que Orestes decía dedicado a los pobres. Tenía sistemas especiales de crédito para aquellos que querían iniciarse en las martingalas del comercio con una tienda destinada a la venta de víveres al detal. Proclamó el paroxismo de su munificencia aquel lunes temprano cuando, frente a los primeros clientes de la semana, anunció con tono discursivo su propósito de abrir un nuevo servicio social consistente en la concesión de préstamos generosos en efectivo, acto interpretado por sus nuevos deudores como otra de sus inconmensurables bondades. Pero la clientela cuyo número iba en constante aumento nunca llegó a cuestionarse sobre nimiedades numéricas ni comerciales, como tasas de interés, fechas

de vencimiento, letras de cambio, etcétera, sino hasta el día menos pensado cuando ya se encontraban frente a frente con el hecho consumado. Los terrenos hipotecados en teoría pasaban a engrosar el emporio de Orestes en la práctica. Y con todo eso no se alarmaban tanto ya que aún les quedaba el lote de la casa, mas no tardaba en llegar el día en que Orestes en persona llamaba a la puerta para avisar cortésmente cuándo debían desocupar la casa y entregar la propiedad, al tiempo que sostenía al alcance de la vista del deudor impotente el documento oficial firmado por este último y mediante el cual él mismo se había comprometido a hacer efectivo su propio desamparo. Ves cómo es, padre. Luego, ni siquiera los dejaba cultivar la tierra que antes les pertenecía: ni pagando. A las personas mejor inmunizadas contra el virus de su farsa, les tendió una trampa casi infalible por la puerta trasera donde nadie siquiera sospechaba. Fíjate. Mandaba organizar exámenes médicos a domicilio, otro gesto de su inmensa misericordia, con consultas gratuitas atendidas por su amigo personal y único médico de la isla, Armando Praden, quien siempre acababa, según la conveniencia, diagnosticando al paciente síntomas primarios correspondientes a un tumor maligno que le roía vorazmente el organismo; hasta predecía en el calendario fechas que la víctima no sobrepasaría de no hacerse extirpar lo antes

posible su monstruo íntimo. En el curso de la siguiente semana el doctor Praden atendía al paciente en el puesto de salud solo para confirmarle la existencia de dicho tumor, y a la vez anunciarle su disponibilidad para practicar la operación quirúrgica y también para dialogar sobre los emolumentos, siempre más allá del desfondado bolsillo del paciente en urgencias. Y hasta trasladaba pasajes bíblicos a la consulta; estaba acostumbrado a recibir la misma reacción favorable en los ojos del sentenciado cuando citaba su frase de oro: «¿Qué vale todo el dinero o toda la tierra del mundo si por negligencia pierde su vida?». Ahora bien, ya el paciente de turno se encontraba frente a dos posibilidades, ambas de la misma gravedad, solicitar un préstamo de Orestes contra la hipoteca de la tierra con un plazo fijado unilateralmente por el prestamista, o vendérsela de una vez por todas. Luego, cualquier día el médico abría a grandes tajos el vientre del presunto enfermo para dejarle largas cicatrices parecidas a ciempiés gigantes. Mas lo cierto, nunca hubo tal tumor. ¿Viste, padre? ¿Y cómo se supo? ¿Luego no te acuerdas? Acuérdate de aquella señora que tenía un lindo lotecito junto al mar, y quien era refractaria a todos los ruegos y fajos de billetes. Supimos que finalmente cayó en la letal trampa, pero el médico cometió el descuido que habría de significar el fin de su carrera profesional.

Después de la operación quirúrgica volvió a suturar el vientre de la señora dejando dentro una laña, así que, ella que antes jamás había sentido siquiera una picazón, después de la operación empezó a peregrinar día y noche a través de un martirio insoportable; fue entonces cuando tuvo sus dudas y solicitó ser trasladada a un hospital del continente donde al ser sometida a rayos x se descubrió la presencia de la laña. Después de esa segunda operación el nuevo médico la puso sobre la pista firme; solo la habían destrozado sin habersele extirpado nada por la sencilla razón de que no padecía de nada. Ves, padre, hasta dónde llega la codicia humana, a jugar con el cuerpo vivo de uno, ¡como si fuera lagartija de laboratorio de colegio! Como te venía diciendo, al doctor Praden lo acusaron penalmente y sometieron a juicio sin que tuviera tiempo de fabricar escapatorias. En el momento en que se sintió acorralado abrió de par en par las esclusas de su conciencia y confesó fluidamente los pormenores de todos los casos ilícitos cometidos. Hizo eso no tanto por miedo a la cárcel, como algunos suponíamos, sino para agilizar el proceso e intentar así contener la explosión del escándalo público. «¿Cómo así?», preguntarás. Pues, fácil. Confesando todo en una sola declaración compacta le ahorró tener que afrontar la embarazosa situación de ser interrogado en una sala repleta de gente, de todos aquellos que lo respetaban y lo

veneraban. Estaría rodeado del odio de aquellas personas creyentes en su mano firme y cuya admiración hacia él se iría trocando paulatinamente por sed de venganza. Él, no obstante, quería cuidar su supuesta reputación a toda costa. ¿Y te acuerdas? Solo perdió su licencia para ejercer la profesión. Sucedió que el juez era amigo y cómplice de Orestes y eso explica todo.

Cuando ya no quedó más tierra para comprar puesto que toda la isla con su mar formaba parte de su patrimonio de parafernalia, Orestes se trasladó a los Estados Unidos obedeciendo, según lo dicho por él mismo, a dos motivos: primero, porque ya había culminado satisfactoriamente su campaña civilizadora y, segundo, la edad lo inducía a pensar en la necesidad de estar lo más cerca posible al médico de cabecera. Decían por ahí que sufría de diabetes, pero no de las comunes de las señoras que tienen azúcar en la sangre; dizque el suyo era polvo de oro circulando por las venas. Eso no fue todo. No obstante su ausencia, siguió gobernando nuestros pensamientos, palabras y acciones a control remoto desde su piso en Manhattan. Decía cuándo había que cambiar las estacas del cercado y a qué precio había que venderlas para leña. Luego, los hijos se turnaron para heredar el tradicional triunfo absoluto en las elecciones municipales como él en sus tiempos de único caudillo visible y ubicuo del partido cuya preponderancia

había borrado por completo hasta el recuerdo del partido opositor. Su victoria solía ser tan absoluta que desde hacía mucho tiempo las autoridades ni siquiera se preocupaban por organizar mesas de votación, ni imprimir papeletas inútiles, sino que de una vez tomaban los datos del último censo y al total le agregaban las últimas cedula-ciones y los nuevos inscritos pero nunca le restaban las defunciones porque él, Orestes, no encontró ley alguna que prohibiera votar a los muertos, y dizque no era la persona la que votaba sino la cédula. ¿Ya te vas acordando, padre?

Te he vuelto a relatar toda esta historia olvidada y desterrada de la memoria de los isleños, solo a modo de preámbulo para entrar a tocar a fondo lo que vine a contarte esta noche. Quería hablarte del día en que llegó el monstruo del hidroavión, revolviendo el mar hasta sus profundas entrañas y espantando peces, tortugas, pulpos, langostas y toda la fauna marina. Dijeron que ese día las langostas volaron. Y como decía, alrededor del mediodía se divisó hacia el norte una diminuta figura de algo así como una golondrina en el firmamento, la cual crecía vertiginosamente mientras se aproximaba. Llegó primero el rumor metálico del motor, luego su ruido ensordecedor. Todos los presentes nos levantamos sobre la punta de los dedos de los pies mientras el aparato venía perdiendo altura, lo que daba la impresión de estar viniendo directamente al núcleo de la

multitud. La mezcla de curiosidad y miedo llegó a su punto de ebullición cuando a lo lejos los flotadores de superficie y el casco del avión cortaron como sobre mantequilla fresca la quietud del mar dejando una estela de espumas níveas. Todos coincidimos en agacharnos al mismo tiempo, pero el avión frenó a pocos metros de la orilla. Lo vimos monumental, inflado, monstruoso, bello, quieto, inofensivo, distinto de todas las cosas conocidas. Alguien vestido de enterizo anaranjado fosforescente apareció en el umbral al ser abierta la puerta; puso la escalerilla y se bajó en la canoa que le habían llevado. Después, otros cuatro hombres vestidos con la misma clase de indumentaria se dispusieron a sacar el catafalco que contenía los restos inertes de aquel considerado por largo tiempo inmortal por todos. Lo bajaron a la canoa sin haberle quitado la bandera que lo cubría; lentamente, a la cadencia del himno nacional la canoa se acercó a la orilla, el féretro fue levantado de las manijas doradas por el alcalde, secundado por media docena de subalternos. Nadie se atrevió a mover un dedo; todos permanecemos quietos en el puesto. Mientras los siete casi se herniaban para poner el catafalco en la camioneta, el viento deslizó parte de la bandera nacional que lo cubría. Fue así como pudimos vislumbrar por un instante fugaz el boato del ataúd demasiado grande para una sola persona. Era un cajón enorme, bruñido,

de color marrón; parecía de madera fina, bordado en similares, con un vidrio ovalado en el lugar donde supimos estaba la cara, y por donde no miraría a ninguna parte. ¿Te acuerdas? El avión tenía pintada sobre la cola una bandera con franjas horizontales rojas y un cuadrado azul constelado de estrellas blancas; esa no era la que estaba sobre el ataúd de Orestes, sino la nuestra. Nos pusimos a mirar cómo se iba a elevar de nuevo el avión, y cuando estaba arrancando, ya los despojos del muerto ilustre se encontraban en la camioneta municipal que despegó como un bólido dejándonos envueltos en una nube de polvo que apenas si nos alcanzó el tiempo para taparnos la cara con la mano, y eso fue todo lo que vimos del sarcófago faraónico. Una vez despejada la nube de polvo, nos dimos cuenta de que por el otro lado el avión nos había bañado con furia infernal al despegar. Con todo, estábamos demasiado indignados para determinar si nos sentíamos ofendidos o vengados.

Tomado de: Robinson-Bent, Lenito. (2010). El viernes del hidroavión. En *Sobre nupcias y ausencias y otros cuentos*. Bogotá, Colombia: Ministerio de Cultura.

Región
Caribe

– Cuento –

¡Ah, el verano!

David Sánchez Juliao

Región Caribe

Bosques secos, selvas húmedas, playas, nevados, desiertos, praderas y ciénagas. La región Caribe tiene en uno de sus bordes un litoral casi ininterrumpido hacia el que se dirige el río madre, el Magdalena. Con su caudal, va una cultura de río que se explaya luego en la tradición del mar, el Caribe, que le da nombre a esta región ubicada al norte del país. Desde allí se descuelgan llanuras y los relieves más empinados de todo el territorio nacional, anudados en la Sierra Nevada de Santa Marta.

David Sánchez Juliao

[Córdoba, 1945. Cundinamarca, 2011]. Periodista, escritor, músico y diplomático. Su obra recorre todos los géneros, desde novelas, cuentos, fábulas hasta literatura infantil. En 1975 fue pionero al grabar sus historias para distribución en casetes. Es, además, un símbolo de la cultura del Bajo Sinú, con cuentos como *¿Por qué me llevas al hospital en canoa, papá?* (1973); *Cachaco, palomo y gato* (1977); y *Buenos días, América* (1988). Fue embajador de Colombia en India y en Egipto y profesor universitario en América y Europa.



A Boris y Carmiña

Verano. Verano es lo único que ha habido por allá. Con eso le digo todo. Ese maldito hombre se nos fue metiendo poquito a poco en el alma conforme fue dejando de llover. Octubre nos regaló los últimos chaparrones. Pero ya por esos días llovía como cansado; no con aquellos hilos de agua como chorritos de ordeño que unen nubes y tierra por un rato, no; sino a goterones sueltos. Y la tierra enchumbada vomitaba toda aquella agua que ya no se podía tragar.

El invierno nos dejó como abotagados, cargados de humedad a nosotros también. Con el agua que se siguió derramando de los aljibes cuando se fue se hubiera podido fabricar otro mar chiquito; no habría sido más que revolverle unos cuantos quintales de sal.

Y pensar que después de todo aquel diluvio iba a querer matarnos tamaña resequedad. Yo creo que el Creador debía repartir en los doce meses todo ese agua que nos

echa en seis. Pero, ¿y las cosechas? Necesitan también del verano para recogerse, ¿no es así? En todo caso, para mí que mi Dios no ha debido descansar el séptimo día, pues fue mucha la cosa menuda que se quedó sin organizar por acá. Y grandes también: ahí no más tiene usted que hay pobres y hay ricos, ¿le parece poco? Pero para todos ellos, no crea, el verano es más que una calamidad. Es venenoso, como una culebra. Fíjese y verá que el año en redondo es como una serpiente que tuerce el pescuezo para comerse a sí misma por la cola: de la mitad para la cabeza es el verano, y de ahí para atrás, para la cola, es el invierno. ¿Y no dicen que las culebras que no tienen veneno se comen a las venenosas, y que el agua lluvia es la misma agua que sube evaporada por el sol a la hora del bochorno? Todo gira, fíjese. Todo es como las culebras que se muerden por la cola. El verano se come al invierno y este a aquel. Y en medio de toda esa lucha estamos nosotros, sufriendo: cuando no por mucha agua, por poca. Pero yo de todos modos prefiero al invierno, con todo y su mosquiteira y con todo y sus sudores pegajosos. Al verano sí... ¡que me lo envuelvan!

Mire: no hay cosa más horrible en el mundo que ese señor verano apareciendo alrededor de uno. Él está afuera, en el desastre de los campos, pero se siente en las mismas entrañas como amarrado al esqueleto propio. Y con

su aparición se va notando que el temperamento de la gente se va volviendo zumo de limón conforme se desvanece la esperanza de las aguas; y se ve mayo muy lejos, más allá del año entrante; y se pasa de repente a respirar un viento duro, que siente usted que lo que le sube por la nariz no son chorros de aire sino varillas de hierro; y anda uno como abriéndose camino entre ese aire, de lo apretado que se pone. Menos mal que por las tardecitas sopla una brisita fresca que ventila el espíritu, orea las cosas y cambia de lugar los pedazos de aire que han estado plantados desde por la madrugada en el mismo sitio. Es una de las poquitas cosas buenas que trae ese señor verano: esa, y la de que como no tienen charcos en donde anidar, no hay mosquitos. Por lo demás, todo lo que habita en este mundo se queja de él y de sus resabios.

Sin embargo, convénzase de que a nadie le falta consuelo. Con todo y todo, el verano también tiene sus amigos que son el olivo y la tuna; como que tienen empaute los tres, pues todo el agua que el verano le mezquina a las demás cosas se la pasa a ellos por debajo de cuerda. Porque los ve usted reverdecidos y frescos en los seis meses de sequía entre tanta tierra resquebrajada y tanta maleza tostada por la canícula. Quién sabe qué hacen para mantenerse en pie, pues parecen estrellas verdes en aquel cielo de yerba seca que son los potreros. A todas estas, yo digo

lo que mi madre, que en paz descanse: Dios los cría y el verano los junta.

¡Ah, el verano! Por los primeros días de octubre, yo empiezo con la cantaleta mañanera para que mis hijas se vayan acostumbrando: «Cierren bien la llave del aljibe. Que no caiga una sola gota al suelo». «Pero, mamá –dicen ellas–, si aún faltan varias lluvias». «Sí, mis hijas, pero nunca es temprano para adquirir buenas costumbres».

Es tanto el tiempo que se demora para llegar el invierno de nuevo que, de ahí a que quiera aparecerse otra vez con su cara gris, se le ha olvidado a uno el sabor del agua fresca. Se sufre mucho hasta que las lluvias vuelven a mojarle el cogote a las casas, mucho. Uno se sienta por las tardes en la puerta de la calle a ver correr la muchachera del pueblo detrás del camión del turco Musa, que de vez en cuando pasa vendiendo a peso la múcura de agua. Un agua fresca y transparente traída de allá lejos, del río, hasta donde no llegan nuestros burros; casualmente por eso, porque no hay un solo pozo de agua en el camino.

Los que viven por allá por esa mesa de billar que es el valle sufren también las repelencias del verano, pero no tanto. El valle es una tierra hermosa y agradecida. Y uno que no puede ni pensar en hacerse a un cayito de tierra por esos lados, pues el valle, además de ser un estrecho fajoncito de tierra fértil encajada entre los cerros, es de

muy poca gente. Dicen que las veinte leguas de un lado del río pertenecen a los Lavalles de Lorica, y que las otras tantas del otro lado pertenecen a los Torres, de ahí mismo. Casi puede decirse que Lavalles y Torres son los dueños del río, de sus aguas y sus peces. Hace ya cientos de años que esas tierras vienen de padres a hijos y no ha habido gobierno capaz de quitarles siquiera la mitad para repartirla entre tanto pobre arrutornado que abunda por aquí. A mí se me hace que esa gente no afloja un solo palmo de tierra por ninguna cosa en el mundo. ¿No vio el plomo que llevaron los campesinos que invadieron la parte aquella de la desembocadura, que ellos mismos habían calzado? Les fue como a perros en misa. Casi no pueden sacarlos, pero las bayonetas caladas hacen andar a los cojos. Le dolió mucho a esa gente tener que abandonar las tierras, pero cómo hacían. Y pensar que tuvieron que salir con sus motetes para estos lados a buscar las alturas como la tanga y a estrecharnos más a nosotros los de acá. Pero y nosotros también, ¿cómo hacíamos? Son seres humanos, ¿no? Todavía es la hora en que no se han podido acostumbrar a los veranos matapobres de acá arriba. Sí. Estos cerros sin agua son el arrecostadero forzoso de todo el que paga con sus tierras o vende obligado por allá abajo. Acá vienen a parar. ¡Cambiar todo aquello por esto, eso no tiene nombre! Hay que ver no más esos potreros de orillas del río en

tiempo de aguas: una purita mesa de billar, como le digo. Y usted pasa por ahí ahora que en estos días por acá las pajas se encienden solas con el puro calor del sol, y las ve estropeadas, sí, pero no reseca y atropelladas contra el suelo como las nuestras. Es que estas tierras en el verano son como la cabeza de un mundo calvo.

Apenitas acabo de empezar a contarle, porque el verano es una tela de la que hay mucho que cortar.

Pasado el día de los muertos, hacia los comienzos de noviembre, es cuando se en seca el aire de verdad. Y con los primeros apretones del calor, una nubecilla de tierra menuda, como molida y vuelta a moler, va estacionándose sobre las cosas. Es el polvo que brota por los poros de la tierra y cae luego lentamente en una lluviecita sin rumbo. Usted lo ve flotar armando arco iris en los chorritos de sol que filtran las rendijas. Y le da trabajo a uno acostumbrarse de nuevo a ir barriendo las baldosas detrás de él a cada paso, a ir sacudiendo las cosas en una vuelta infinita, porque cuando usted termina de limpiarle el fondo a un vaso, ya al revés se le ha empolvado. Hay veces en que a uno se le antoja trapearse el alma porque se la siente sucia.

Ese es el verano nuestro. Una estación en la cual la gente no trabaja por el calor, y por el polvo, por la sequedad esa de todo lo que se mira, y por el color del mundo que se vuelve marrón claro de tanta tierra que se levanta con la brisa y

se va pegando a las cosas; y por la sofocación que se siente a toda hora, y porque sin agua, nada se puede hacer.

Se trabaja sólo el primer mes del verano, recogiendo las cosechas. Después empieza la gente a desesperarse de esperar y no hacer nada y resuelve salir a matar el tiempo de fiesta en fiesta. Porque los días de la comercialización de las cosechas están encajados en él, el verano es la estación de la riqueza y la farra, los fandangos y el berroche. El vicio llega con él; y él mismo en su resequedad sabe a vicio. En cambio en época de lluvias ve usted a los hombres ajuiciados porque saben que con la venida de las aguas el tiempo empieza a ordenarse, a agarrar hábitos. Así, la gente tiene que encarrilarse según los caprichos de las nubes; acostarse, levantarse, trabajar y descansar cuando a ellas les dé la gana. Si no, no hay cosecha.

Qué triste es ver llegar el verano saliendo de las entrañas mismas de la tierra. Uno siente que lo están atizando por debajo con carbón y que el cielo se encapota de un gris oscuro y espeso como de lona. Las yerbas y las plantas se ponen tristes primero, después van perdiendo el verde y cuando ya les pinta el amarillo de sequía, bajan la cabeza y caen al suelo. Allí empieza todo. El canto de los pájaros se esfuma, los sapos y las ranas dejan de croar, y el ganado pierde las carnes poco a poco. Cuando usted quiere venir a ver, ya los pobres animales son costillas con cacho y

rabo. No son más. Y hay que irse acostumbrando, qué más se hace, a que cuando dé el verano otro apretón, los animales mueran atollados en las barranquillas de los estanques secos, hozando el barro duro con la esperanza de dar con alguna gota extraviada. Eso es triste, sí señor. Porque todas aquellas lomas que ve allá se ponen tristes de lo rajadas. El bochorno que sale del fondo de la tierra va tosándolo todo, y de repente se siente usted caminando por sobre un rompecabezas. Y en medio de la tierra resquebrajada, los árboles sedientos alzan sus ramas peladas como implorando aguas a un cielo que ya no es cielo sino una plasta gris que envuelve al mundo. Es por esos días cuando usted da hasta un millón por una flor.

El arribo de la Semana Santa nos agarra ya casi asfixiados. Como uno es religioso, pues le toca hacer bulla y rezos en la semana de pasión. Le juro que de buena gana colgaría el misal y los peroles como haciéndole huelga al verano. Pero no hay quien pueda vencer la costumbre. Si no hace usted la comida que se acostumbra por esos días y no reza lo que también se acostumbra, le aseguro que no se va a sentir en el estómago, que es en donde se acumulan los presentimientos, la predicción de que va a haber buena cosecha. También es una manera de congraciarse con Dios Nuestro Señor en su semana, ¿verdad?: dándole al palote mientras se reza.

Yo creo que lo que se festeja con la Semana Santa es la cercanía de las lluvias y no la pasión del Señor. Bien se sabe que pasado el Domingo de Resurrección, solo toca esperar. La gente como que se hunde en la esperanza y nada en ella, y si come es solo para alimentar esa esperanza y si duerme siesta lo hace solo para achicar el fajón de tiempo que falta hasta la primera gota. Porque las horas se estiran como dulce de melcocha y por las tardes hay que forzar la imaginación para saber qué se hizo en la mañana, según se van haciendo de largos los días. La hama-ca se encarga de mecer esa esperanza durante todo el día, y a uno se le da por saborear el aire a cada rato para ver si encuentra en él un recado de las aguas. Pero nada.

Luego de tanta espera, cuando la gente se ha ido acostumbrando a aquel castigo seco, aparecen las primeras señales y, con ellas, una arropazón más espesa del cielo y más calor. Y se aprieta lo caliente hasta un punto que uno cree que es el mismo diablo quien atiza los anafes del infierno. Por esos días casi se puede regar las matas con sudor. El cielo se tupe de nubes grises apretadas y el polvo entierra las pezuñas en las cosas, hasta el fondo, hasta donde a veces no entra el aire mismo.

Al final de los calores, una buena noche, se sorprenden los mosquitos jugando con la candela del mechón, y uno sonríe, casi que por primera vez desde noviembre. Cuando

esto sucede, con seguridad el día siguiente es más caliente aún; tanto, que uno se sienta a esperar que llegue el fin del mundo a derretir las cosas. Pero los grillos resucitan la esperanza: chillan, chiii, tan parejo y profundo que a ratos se llega a pensar que es el zumbido del bochorno en los oídos. Luego aparece el pajarito pelusa, un bicho que se arrequinta por los lados del fogón y las candelas; después, el comején de agua por las tardes, con la fresca; más después, la hormiga de agua, volando para su perdición, pues en el vuelo pierde las alas y queda convertida en simple hormiguita arriera. Pero puede aparecer lo que quiera aparecer, que el condenado invierno ni muestra la cara ni afloja el agua hasta que no canten la guacharaca y la chelencona y no chille en los árboles el mono colorado. Cuando esto suceda, entonces sí: siéntese usted en la cocina, que puede estar segura de que apenas zumbe cerca un cucarrón, al rato llueve. Sí señora.

El día en que se le va a venir a uno el agua encima ama-nece haciendo más calor que nunca. Al rato se siente sin embargo una brisita fría, que primero refresca las curvas de las rodillas y que poco a poco se va convirtiendo en remolinos que barren las calles. Estos son remolinos mensajeros, mandados por las lluvias adelante para prevenir.

Un rato después, el agua se siente viva en la respiración helada; y es cuando se arrequintan de verdad los animales. La rana arroyera brama como ternero, el currao no descansa

de cantar currao-tao currao-tao currao-tao, y las tangas revolotean asustadas empezando a buscar tierra alta, según es el olor de la creciente. La brisa vuelve a estremecer la yerba seca y las ramas peladas de los árboles. Entonces, por primera vez desde mucho tiempo atrás, el mundo vuelve a oler a mundo, a verde, a aroma de flores y de plantas y a ese olorcito sabroso de las cosas escondidas.

Por fin se ven caer las primeras gotas. La tierra seca las chupa como secante. De pronto, el cielo se desgaja con furia en un chaparrón que hace temblar al mundo, que se estrella contra los techos queriendo traspasarlos y que rebaja con fuerza el filo de los terrones. Está lloviendo y apenas se puede creer. Cuando uno cierra los ojos y se hace un tapón con la garganta en los oídos, apenas viene a sentir lo delicioso del retintineo del goterío en el zinc del entechado y el chapaleo de los chorros en la tierra. Y ahí se queda uno, ausente de sí mismo, encajado en el mecedor, metido de cuerpo y alma en ese bullicio silencioso de la lluvia, esperando a que escampe para mirar la tierra satisfecha y las calles barridas por el agua y el polvo ausente y el mundo oliendo a mundo y el ganado bramando paja arriba y la gente cantando y regalando las sonrisas. Entonces sí, llegó el invierno... ¡qué carajo!

Tomado de: Sánchez Juliao, David. (1983). Ah, el verano. En *Década*. Bogotá, Colombia: Plaza & Janés.

Región
Andina

– *Cuento* –

Narciso negro

Tulio González Vélez

Región Andina

Las montañas son el principio que rige a buena parte de la región Andina. La cordillera, desenvuelta en tres brazos, recorre y determina el centro del país, imponiendo sus formas, sus climas. Igual que hay ecosistemas de cúspides, páramos borrosos entre la niebla, hay valles y sabanas extensas, descansos entre ángulos empinados que se inclinan hacia los ríos, donde el aire se calienta. De los Andes nacen múltiples afluentes que recorren los abismos montañosos hasta encontrar su cauce hacia el mar.

Tulio González Vélez

(Antioquia, 1906-1968). Este escritor costumbrista nació en Ciudad Bolívar, suroeste antioqueño. Digno seguidor de Tomás Carrasquilla, fue autor de cuentos, semblanzas y crónicas. A los 23 años viajó a Bogotá donde estudió algo de Derecho. Perteneció al movimiento cultural Los Bachué junto a otros intelectuales como Rafael Azula Barrera y Darío Samper. Fue periodista de *El Espectador* y *El Colombiano*. También incursionó en política como diputado de la Asamblea de Antioquia. Meses antes de morir, Tulio González quemó gran parte de su obra, dejando solo lo que para él merecía ser conocido.



Cuando los padres resolvieron llevarnos de nuevo al pueblo, Carmen vino con nosotros. El suyo, ya anciano y achacoso, viudo y muy pobre, hizo a los padrinos de confirmación entrega de la muchacha. Estos, además de tomarla a cargo, entretendrían en ella sus escrúpulos, ya casadas sus dos hijas, cuidándola de los hombres. Aun cuando Carmen no tenía nada que prestara mérito de vigilancia, los amos iniciaron el espionaje de aquella carne dormida y sus ojos levantaron sobre ella una circunvalación de luz. Bien sabían que con el tiempo la mujer que la muchacha llevaba en la urdimbre de sus venas y en la malla de sus músculos iría estallando, victoriosa, para ser promesa de hombres nuevos en la soberbia de su pecho y en lo túrgido de sus flancos.

Al hacerse mujercita los ojos ganaron en luminosidad y las miradas en porfía. Su feminidad se inclinaba a la gente de su clase, hacia los mocetones del campo, y lo trememente de su carne comenzó a dar la sensación de la espera. Y

el esperado, ese príncipe azul de las mulatas que es otro mulato de poncho al hombro, de sombrero de caña y de guarniel a la cadera, llegó un domingo de la finca que ella dejara para seguirnos.

Se llamaba Narciso. Era más allá de bien conformado, con sus carnes crespas y muelles en algunas comarcas del cuerpo: carnes que parecían haberse librado de la consistencia maciza que comunica el contacto con la tierra apretada. Al hablar se le escurrían silbantes las palabras; y los músculos faciales, contrayéndosele y distendiéndosele desmesuradamente en gestos y mohines, transmitían a sus facciones ciertos acentos complejos de su naturaleza. Y sonrisas y voz y miradas en ojos y labios de miel, montados en la húmeda pedrería de unos dientes simétricos y blancos.

Las amigas de Carmen se resintieron de envidia y decíanse secretos al verlos conversar en el portón. Encontrándose solas con Narciso, unas le adormecían los ojos y otras le dedicaban suspiros al pasar. Cuando se desengañaron ante su fidelidad de piedra tomaron el desquite: «Narciso será muy pispo, pero es lástima que rebulla tanto el fundamento». Y sobre lo que conversaban los enamorados: promesas de eterno amor, penas de ausencia y anhelos del día en que ya nadie pudiera separarlos. Luego el muchacho se daba a la faena de dibujar con palabras

paisajes de faldas toldadas de sementeras y con una casita en un plano rodeada de huertas, de gallinas ponederas y de marranos gordos o pastoreando sus lechigadas. Vagamente blanqueaba en una manga del paisaje una vaca paridera, cuya leche caliente sería toda para criar a la pequeña visita que la Virgen les podía traer. La muchacha dejaba viajar su imaginación recién despierta a la vida tras los dibujos de aquella inasible felicidad de acuarela.

La prolongación del noviazgo le hacía ya sentir a Carmen el deseo de rendirse al goce de un amor definitivo. Pero el mozo se limitaba a sostenerse en el corazón de la muchacha por medio de un tratamiento de promesas que difería las vísperas de su cumplimiento. Que la situación estaba mala, que las langostas se habían comido las rozas; o bien, que el calcinante verano habíalas reseca-do o el invierno aguanoseado y podrido. Apagada en ella la vehemencia de su fuego, malgastado en tratar de arder su sangre incombustible, la pasión se le quebraba en sentimientos de desánimo frente a él y en incendios de vergüenza ante sí misma. Narciso parecía no comprender la lucha moral en que ella iba sucumbiendo, pero la madrina sí porque estrechó el espionaje, juzgando, como era natural, que el muchacho había adoptado una táctica de falsa timidez para inspirar a los padrinos más confianza, afianzarse bien en el corazón de Carmen y, luego...

La edad y el compromiso matrimonial, indefinido pero en vigencia, restringieron el itinerario de sus actividades. Antes iba de compras a las tiendas, salía a la plaza en los días de mercado y llevaba recados a las vecindades. Mas el cura le guiñó un ojo al amo y otro al ama, y unas tijeras afiladas en el mollejo de las buenas costumbres subieron los escotes y desataron las alforzas de las fundas viejas.

De aquel pueblo salían periódicamente caravanas de aventureros y traficantes hacia tierras del Chocó. Con cargamentos de papa, arroz, cebolla, panela, chécheres de mucho relumbrón para el espíritu negro tendido a orillas del Atrato, y traillas de perros entramojados, invadió Antioquia durante mucho tiempo esas regiones. Su hechizo consistía en la segura promesa de mayor lucro, y de paso en la seducción que ofrecían sus mil caminos abiertos a la aventura. Los peligros de la trocha, a cuyas veras recudían las fieras y las serpientes, y las todavía más furiosas embestidas del paludismo, el beriberi y la fiebre amarilla, hacían temer que quien se iba para el Chocó o tornaría sin salud o no lo hacía ya jamás. Adelantábanse los preparativos de la partida con alarde, y en la víspera se ahogaba el pueblecito en una onda gris de nervios. Hacíanse presagios funestos si los perros en tramojo aullaban en la noche.

*

Un día Carmen desapareció de la casa. Aburrida de fregar ladrillos al servicio de unos mismos señores se habría marchado al rancho a esperar mientras iba por ella quien estaba comprometido a ser su dueño para siempre. Ya nos lo dirían Nazario, su padre, y Narciso al domingo siguiente. Como nadie había observado en sus actos toques de malicia que delataran la premeditación de la fuga, si hubo pensamientos de sospecha no acudieron a los labios. El padrino, empero, caviló algo porque se rascó la cabeza a sombrero puesto, enarcó las cejas, llamó aparte a la madrina y salió, no sin antes decir con dejos de amargura:

—¿No te lo decía, Rita?...

Por esos días de convulsión doméstica mi curiosidad de niño que apenas está descubriendo el mundo se metió en los rincones, me escondió tras las puertas y hasta debajo de las camas. Cuando el padre se rascó la cabeza y enarcó las cejas hirsutas tuve la intuición. Sí, era seguro que Narciso se había fugado con Carmen a gozar irresponsablemente de su amor, hasta refregárselo en la cara. Y por remate una vecina de lengua ágil como la taraba escupió en la austeridad de la casa la negra sospecha. Y en el archivo de la conciencia familiar quedó definitivamente ejecutoriado el hecho de la escapada de Carmen con el novio. ¡Qué esfuerzos hice para comprender cómo una mujer y un hombre pueden madrugar juntos, sin la bendición del cura!

El padre –escuché desde mi escondite al referirle el episodio a la madrina– fue a la alcaldía y puso el denuncia del caso. El alcalde tomó una hoja de papel grueso y amarillo con un impreso rojo que decía SUMARIO, y escribió:

DELITO: Seducción y rapto.

NOMBRE DEL SINDICADO: Narciso Morales.

NOMBRE DE LA OFENDIDA: Carmen o Carmen Rosa Quintero.

El funcionario le había prometido dirigir requisitorias a «los iguales» de Concordia, Andes, El Carmen y Salgar, para que le remitieran la pareja «con las seguridades del caso».

*

Y cómo creció Narciso en la imaginación de la chiquillería. Fue desde entonces el macho de alma atravesada que se había burlado del «comisario» José Herrera y, como potrero chúcaro, brincado las talanqueras de diez guadas de los mandamientos. Narciso era malo, aceptaba la escuela, pero un hombre; y un hombre de veras no se va solo sino que alza también con su negra. Y el campesino fue entronizado por nuestra admiración infantil en el retablo de los héroes y bandidos célebres cuyas leyendas y consejas nos relataran las criadas, cuando arrullaran en nosotros al hijo propio que el buen cura no les dejaba tener.

Y esperamos.

Llega el domingo y la familia se dispone a saber de Carmen. Si estaba en la finca quedaba resuelto el conflicto moral y cancelada su responsabilidad ante Dios. Si no, ¡allí estaba el sumario andando, andando y andando, hasta el día en que la ley dejara caer sobre el infame la maza de su justicia...!

Alguien toca a la puerta e instantes después aparece Nazario, el padre de Carmen, y... ¡Asombro! Narciso entra tras él.

–¿Ond’ está Carmela? –preguntan casi a un mismo tiempo los campesinos, al no hallarle en el grupo.

Un «¡se fue!», de la madrina, voló en el claustro y rebotó en los pechos.

Y Nazario:

–¡Desgraciada!...

*

Por la tarde estalla una gritería en la plaza y se forma un torbellino en la venta de carne. Todo el mercado corre hacia el lugar del tumulto y en el atropello ruedan las ollas de barro destrozadas, caen toldas con el blanco velamen roto y se derraman las tinas colmadas de sancochos y mondongos. La plaza es un turbión de gente que bulle, de cosas venidas a tierra, de gritos que rasgan la tela azulencal del cielo.

He aquí a Narciso hecho un dionisos de la mulatería, con la cabeza revuelta en guedejas chorreadas sobre los ojos de miel, con las orejas enconadas y con las comisuras de la boca atascadas en la babaza. Va nítidamente transportado por José Herrera, rumbo a la cárcel de varones... La demagogia de medio huevo no solamente ha expulsado ya a Narciso del retablo de sus héroes, sino que le arroja aludes de arepas rodadas, de frutas de mangos y aguacates, de vainas de guamas machetas y cáscaras de plátano. Todo eso acompañado de los tiestos de las ollas y de uno que otro guijarro de biología aprendido en la boca sucia de los carniceros, galleros y tahúres.

La multitud arriba a la cárcel, y mientras el agente trae de la alcaldía las llaves del portalón, Narciso exclama en medio del vocerío:

—¿Por qué me abandonates, Carmelita, dejándom'el rancho parao y entroja'uel más, y a yo sólido en la vida...? ¡Sí! ¡Te fuites con otro como si yo no fuera capaz de pasarte lo necesario! Per'uanque volvás perjudicada sabelo qu'jaqu'ista tu negro pa'honrate...! ¡Y pa'que viás qu'iun hombre de carácter sí cumple su palabra...!

Tomado de: González Vélez, Tulio. (1986). Narciso negro. En *El último arriero y otros cuentos y semblanzas*. Medellín, Colombia: Ediciones Autores Antioqueños.

— Cuento —

La tragedia del minero

Efe Gómez

Efe Gómez

(Antioquia, 1867-1938). Ingeniero, escritor e intelectual. Su verdadero nombre era Francisco Gómez Escobar. Con Tomás Carrasquilla y Francisco de Paula Rendón hizo parte del grupo de autores costumbristas antioqueños. Su obra está reunida en tres volúmenes de cuentos (*Almas Rudas, Retorno y Guayabo negro*) y en una novela (*Mi gente*). Fue un bohemio que combinó el oficio de la escritura con las labores de ingeniería y minería. En sus textos se deja ver una postura crítica, y hay en ella un cuestionamiento a los valores de la sociedad.

Es de noche. La luz de una vela de sebo del altar de los retablos lucha con la sombra. Están terminando de rezar el rosario de la Virgen santísima. Todos se han puesto de rodillas. Doña Luz recita, con voz mojada en la emoción de todos los dolores, de todas las esperanzas, de las decepciones todas de su alma augusta crucificada por la vida, la oración que pone bajo el amparo de Jesucristo a su familia, a los viajeros, a los agonizantes, a los amigos y a los enemigos: a la humanidad entera.

Se oyen pisadas en los corredores del exterior. Se estremiran azorados. Se ponen de pies. Se abre la puerta del salón, y van entrando, descubiertos, silenciosos, Juan Gálvez, los Tabares, padre e hijo, y los dos Restrepos. Son los mineros que se fueron a veranear a las selvas de las laderas del remoto río que corre por arenales auríferos. Se han vuelto porque el invierno se entró.

—¿Y Manuel? —pregunta doña Luz.

Silencio.

–¿Se quedó de paso en su casa?

–No, señora.

–¿Y entonces?

Silencio nuevo.

–¿Pero qué pasa? Su mujer lo espera por instantes. Quiere –naturalmente– que esté con ella en el trance que se le acerca.

–¡Pobre Dolores! –dice la Micaela–. De esta llenada de luna no pasa.

A Juan Gálvez empiezan a movérsele los bigotes de tigre: va a hablar.

–Que se cumpla la voluntad de Dios, señora –dice al fin–. Manuel no volverá.

–¿Qué hubo, pues?... Cuenta, por Dios.

–Mire, señora. Eso fue horrible. Ya casi terminaba el verano... Y ni un jumo de oro. Cuando una mañanita ca-teamos una cinta a la entrada de un organal... y empezamos a sacar amarillo... y la cinta a meterse por debajo del organal... La señora no sabe lo que es un organal... Son pedrones sueltos, redondeados, grandísimos... amontonados cuando el diluvio, pero pedrones. Como catedrales, como cerros... ¡Y qué montones! Con decirle que el río, que es poco menos que el Cauca, se mete por debajo de un montón de esos... Y se pierde. Se le oye mugir allá... hondo. Uno pasa por encima, de piedra en piedra.

El otro día, por tantear qué tan hondo pasa el río, dejé ir por una grieta el eslabón de mi avío de sacar candela. Y empezó a caer de piedra en piedra... a caer de piedra en piedra... a chilinear: tirín, tirirín... Allá estará chilineando todavía.

Por entre las juntas de las piedras íbamos arrastrándonos desnudos, de barriga, como culebras, detrás de la cinta, que era un canal angosto. Llegamos a un punto en que no cabíamos... Ni untándonos de sebo pasaba el cuerpo por aquellas estrechuras. Manuel dio con una gatera por donde le pasaba la cabeza. Y él, que era más que menudo, pasó, sobándose la espalda y la barriga. Ta-queamos en seguida las piedras, como pudimos, con tacos de guayacán.

–Aquí va la cinta –dijo Manuel, ya al otro lado.

Le echamos una batea de las chiquitas: las grandes no cabían. La llenó con arena de la cinta.

–¿Qué opinás, viejo? –me dijo cuando me la devolvió por el agujero, por donde había pasado, llena de material.

–Mirá: se ven, así en seco, los pedazos de oro. En este güeco está el oro, pendejo. Pa educar a mis muchachos. Pa dale gusto a Dolores...

Y pegó un grito, de los que él pegaba cuando estaba alegre, que retumbó en todo el organal como un trueno encuevao.

Los compañeros salieron a lavar afuera, a bocas del socavón, la batea que Manuel acababa de alargarnos. Yo me puse a prender mi pipa y a chuparla, y a chuparla... Cuando de golpe, ¡tran! Cimbró el organal y tembló el mundo. De susto me tragué la pipa que tenían entre los dientes. La vela se me cayó, o también me la tragaría. Me quedé a oscuras... ¡Y las prendo! Tendido de barriga, corría, arrastrándome, como si me hubiera vuelto agua y rodara por una cañería abajo. No me acordé de Manuel... pa qué sino la verdá.

–¡Bendita sea la Virgen! –dijeron los que estaban afuera, lavando el oro, cuando me vieron llegar–. Creímos que no había quedado de ustedes, mano Juan, ni el pegao.

–¿Y qué fue lo que pasó?

–Es que onde hay oro, espantan mucho.

–¿Y Manuel?

–Por ai vendrá atrás.

Nos pusimos a clarear el cernidor. Era tanto el oro, que nos embelesamos más de dos horas viéndolo correr, sin reparar que Manuel no llegaba.

–¿Le pasaría algo a aquel?

–Allá estará, como nosotros, embobao con todo el amarillo que hay en ese güeco.

–Vamos a ver.

Y empezamos de nuevo a entrar, tendidos, de punta, como lombrices; pero alegres, deshojando cachos. Porque el oro emborracha. Se sube a la cabeza como el aguardiente.

Llegamos al punto en donde habíamos estado antes.

–Pero qué sustico el tuyo, Juan. Mirá donde dejaste la pipa –dijo Quin Restrepo, con una carcajada.

–¡Y la vela!

–¡Y los fósforos!

–Fijate a ver si dejó también las orejas este viejo flojo.

–¡Y quien le oye las cañas!

–¡Pero qué fue esto, Dios! Vengan, verán –gritó Penagos.

–¡A ver!

Nos amontonamos en el lugar en que estaba alumbrando con la vela. ¡Qué espanto, Señor de los Milagros! Nos voltiamos a ver, unos a otros, descoloridos como difuntos. Los tacos de guayacán que sostenían las piedras que formaban el agujero por donde Manuel entró, se habían vuelto polvo. Del agujero no quedaba nada: ciego, como ajustado a garlopa.

–¡Manuel...! –grité.

Nada.

–¡Manuel!

Nada.

Volví a gritar arrimando la boca a una grieta por donde cabía apenas la mano de canto:

–¡Manuel!

–¡Oooh!... –respondieron al mucho rato, por allá, desde muy hondo. Desde muy hondo...

–¿Qué hubo, hombre?

–A mí déjenme quieto.

–¿Pero qué fue, hombre?

–Por mí no se afanen. Yo ya no soy de esta vida.

–¿Qué pasa, hombre, pues?

–Encerrado como en el sepulcro... De aquí ya no me saca nadie... Sacará Dios el alma cuando me muera... Si es que se acuerda de mí.

–Buscá, hombre, tal vez quedará alguna juntura, por onde...

–He buscado ya por todas partes... Los pedrones juntos, apretados... ¡Y qué pedrones!... Tengo una sed...

Inventamos un popo, por donde le echábamos agua y cacaíto.

Así nos estuvimos ocho días: callaos, mano sobre mano, como en un velorio.

Si tuviéramos dinamita –pensábamos– volaríamos el pedrejón que rompió los tacos... pero como todos los pedrones están sueltos, sostenidos unos con otros, el orga-nal se movería íntegro, se acomodaría cada vez más de

manera diferente... y nos trituraría a todos... o nos dejaría encerrados...

Y lo horrible fue que se nos acabaron los víveres.

Manuel lo adivinó. ¡Con lo avisado que era!

–Váyanse, muchachos... ya hay agua aquí. Con el invierno ha brotado entre las piedras... Déjenme los tabacos que puedan, fósforos y mecha, y... váyanse... ¿Qué se suplen con estarse ai...? Váyanse, les digo. Déjenme a mí el alma quieta: ya yo estoy resignao a mi suerte. Lo único que siento es no conocer el hijo que me va a nacer, o que me habrá nacido ya. ¡Pobrecito güerfano!... Me le dicen a doña Luz que ai se los deajo... a él y a Dolores. Que los cuide como propios... y no me llamen más, porque no les contesto...

¿Qué hacíamos, pues, nosotros? Venirnos. Venirnos y dejarlo: ¡cosa pa más berrionda!

Y el viejo Juan, con un movimiento brusco, se puso el sombrero y se agachó el ala para taparse los ojos. Lloraba.

La puerta del exterior se abrió con estrépito.

Y entra Dolores, pálida, la piel del rostro bello pegada a los huesos, los ojos enormes, extraviados, trágicos.

–Todas son patrañas. Todo lo he oído... Me voy por Manuel. ¡Ya! ¡Cobardes, que dejan a un compañero abandonado! ¡Quien oye al viejo Juan! ¡Viejo infeliz! Traeré a

Manuel. Lo que cinco hombres no pudieron, lo haré yo... ¡Y ustedes, sinvergüenzas, tiren esos pantalones y pónganse unas fundas! ¡Maricos...!

Abre los brazos, da un grito y cae al suelo, retorciéndose entre los dolores del parto.

Se alza doña Luz, severa, enérgica, bella, y hace salir a los hombres y a los niños.

Tomado de: Gómez, Efe. (1972). La tragedia del minero. En *Guayabo negro*. Medellín, Colombia. Bedout.







Región
Pacífico

– *Cuento* –

Secundina Caldón

Amalia Lú Posso Figueroa

Región Pacífico

Región de aguas que se precipitan, rezuman, viajan por los caudales y se acumulan en las copas de los árboles de la selva densa. Es la puerta de acceso al océano más grande del planeta. En el Pacífico, la diversidad es la ley. La humedad da vida a extensos manglares y pantanos, a la fauna y la flora extraordinaria, a las comunidades anfibias que conviven en estos ecosistemas de litoral, páramo, serranía, ríos portentosos y puertos. Y lluvia, con uno de los índices más altos del mundo.

Amalia Lú Posso Figueroa

[Chocó, 1947]. Profesora y escritora. Ha publicado el libro *Vean vé, mis nanas negras*, que ya suma ocho ediciones, y el cuento *Betsabelina Anansé Docordó*, en una edición bilingüe, español-francés. A través de sus historias y del teatro se ha dedicado a recuperar la tradición oral del Chocó. En las últimas ediciones del Festival Iberoamericano de Teatro de Bogotá ha interpretado a las mujeres que protagonizan sus historias. También ha presentado sus monólogos en varias ciudades de Suramérica, Estados Unidos y Europa.



Secundina Caldón, la nana Caldongina, tenía el ritmo en el sembrar o, como decían todas las gentes: tenía buena mano.

Lo que tocaba la nana Caldongina embarnecía, florecía, engrosaba y se enhiestaba; por eso en una época se pensó que podía hacer tratamientos cuando a los hombres no les funcionaba el carrizo, pero la nana Caldongina necesitaba la tierra como elemento de embarnecira: la frondosidad, espesura y los palos erguidos se lograban pero saliendo siempre de la tierra y quedándose en ella.

A la orilla del San Juan, en Samurindó, pueblo donde nació Secundina, decían que ella le había hecho florecer la varita a san José.

La paliadera de mi casa, que cuidaba con esmero la nana Caldongina, era una explosión de color: salían juntas, mano de león, lluvia de oro, heliotropo y buenas tardes. Brotaban flores amarillas incandescentes, casi naranjas; flores rojas en todas las gamas, hasta llegar a un rojo y negro; flores blanquísimas en forma de cartucho con

espigo amarillo (llamaban niño en cuna). Había jazmín del cabo, dalia, bonche, corona de espinas y zapatico de la reina. El milpesos estaba al lado del palo de culebra, del árbol del pan y del corozo y entre todos crecía el borojó. Para sembrarlo la nana Caldondina se rodeaba de la magia que exige sembrar borojó: enterraba dos palitos, uno muy cerca del otro, la hembra pegada del macho; es la única forma en que pelecha el borojó: el palo hembra que da la olorosa bola café oscura rozando el palo que ostenta su capacho largo, amarillo, pálido, con el que la toca como picha suave hasta que brota el borojó. El pedazo de la paliadera, sembrado de magia, se movía por las noches con el vaivén que tiene el ritmo del amor.

Al lado crecían los palos de bija, que la nana Caldondina disfrutaba en su mejor momento, cuando estaban listas para bajar del árbol todas las cajeticas verdes en forma de corazón, llenas de la hermosa sorpresa que da el fruto del árbol de bija: muchísimas bolitas rojo intenso, que después las olorosas cocinas del Chocó tendrán siempre en un frasco con aceite para darle color de corazón a todas las comidas y al amor.

Secundina Caldón, la nana Caldondina sabía mucho del monte, de los árboles, de sus frutos, de sus flores y sembradas y lo aprendió toditico en Samurindó, cuando estuvo trabajando por mucho tiempo en la casa de Floremiro

Agualimpia Cañadas, botánico por instrumentos, que alimentaba la tierra para que esta, agradecida, le regalara frutos, flores, capachos y capachitos.

Floremiro vivía en y para la tierra hasta que supo que Secundina Caldón no sabía leer y resolvió enseñarle en el único libro que había en la casa, era un libro de árboles que decía todo dizque sobre las especies. Se llamaba *Ciencias de la tierra* y era un corrinche de libro que le decía al plátano *Himatanthus articulata* si era de hojas alternas, ápice agudo, flores blancas de corola tubulosa y no daba fruto, pero si era el plátano que toro mundo come frito, se llamaba *Musa sp.* y era de la familia *Musaceae*. Maunífica creo, habrase visto el problema.

La nana Caldondina pensaba que eso de aprender a leer era complicadísimo y para qué se aprende si lo que una lee es una arrechera durísima que naidés entiende.

El libro decía que dizque el maíz tiene al tiempo flores masculinas y femeninas, que no necesita de otro árbol cerca; y que la papaya tiene flores femeninas, masculinas y hermafroditas, ¡qué corrompisiña!; que el *Cativo prioria copañera* es monosperma (¿solo una?), que el *Cucharo colorado* da flores con un solo pétalo y es amarillo, no colorado, que el *Vitex cooperi truntago* tiene inflorescencias axilares (¿como gente?), flores con cáliz cupuliforme, pubérulo y fruto drupáceo negro hasta de 13 mm de largo (eso sí no

es del grandor de mi gente), que el corcho da fruto negro y se llama peine de mono, que el *Hura crepitans* es la ceiba blanca, arenillero o lo que ella llamaba milpesos, que secreta savia lechosa, tóxica e irritante, que tiene flores unisexuales (¿cómo así, yo con yo?), que su fruto es una cápsula discoide, dehiscente con violencia, originando una pequeña detonación con semillas aplanadas que son purgantes. Por la hostia, ¡qué maravilla!

Secundina cogía una pensadera para tratar de explicarse qué carajo era lo que leían los blancos, por qué a una cosa tan sencilla como a la nascencia de un árbol le ponían tanto nombre raro. Al zapote, su zapote de fruta anaranjada que comía todos los días, lo bautizaron *Pouteria neglecta*, hasta vulgaridad será; vé vé, las hojas tienen pelos esparcidos ferruginosos y a las pepas tan sabrosas les dicen protuberancias aterciopeladas rojizas. Uujú.

Por las noches, cuando Floremiro Agualimpia Cañadas llegaba lleno de tierra y olor a flores, se quitaba las botas de caucho, se lavaba manos, uñas, cara, cabeza y pies con abundante agua y jabón, prendía la vela, comía chucula y llamaba a Secundina para que, sentada a su lado, husmeara página a página el interminable libro que solo cosas raras tenía. Lo importante, le decía Floremiro, es aprender a leer, para después, en otros libros más fáciles, entender eso que usted llama corrinche y así se le organiza la pensadera.

Iban en la página cinco y Secundina leyó: enredaderas. Alabao, casi gritó, al fin un corrinche serio, de eso sí que sé yo; pero continuando el renglón encontró: *Passiflora puritana*, *Passiflora adulterina*. No es justo con yo, me está diciendo este libro que mis enredaderas, ¿son monjas o son mujeres de la vida? Eso no lo conozco yo, dizque ponerle nombre a las matas con conductas de mujer sonsa o arrecha, no me parece de justicia, no. Este libro no me está gustando, la mayoría no lo entiendo y cuando capto un ítem, me le ponen calentura y pres pres a los árboles, a las flores y a las matas chiquitas también. Ay, hombre, ¿será que los blancos no tienen oficio?

Floremiro Agualimpia Cañadas se carcajeaba con las ocurrencias de Secundina, pero casi la obligaba a seguir leyendo: *Euforbiasis*, *euforbiaceae*: no cumple con patrones de familia con características definidas. Vean vé, ¿será que ahora están hablando de los hombres? Dígame usted: ¿puede decirse que los hombres son euforbiaceos?

Seguí leyendo, Secundina, dijo Floremiro, no hablés tanto que se nos acaba la vela. Y la nana Caldongina continuó: *Machaerium moritzianum*, familia *Fabaceae*, arbusto espinoso, flores de cáliz campanulado, ápice redondeado, emarginado, inflorescencia en racimos de raquis tomentoso, pubescente, parte seminal arqueada, aplanada en forma de machete.

Maunífica ánima mea, no me vaya a regañá, pero este arbusto tiene que ser de la familia de los euforbiáceos; ve que estoy aprendiendo, algo me tenía que llegar a las entendederas y antes de que Floremiro se desesperara por la conversadera, Secundina dijo, sigamos pues: *Conocarpus erectus*, frutos alados agrupados en cabezuelas globosas, se conoce como mangle negro; ujú, siguen hablando de los hombres, vea Floremiro, usté me va a tené que explicá toro este bororó de pouteria, puritana, adulterina, tomentoso, pubescente, pero sobre todo lo del erectus.

Floremiro se desconcertó con las asociaciones de la nana Caldongina, y más que desconcertarse, se intranquilizó; nunca se había hecho esas preguntas frente a los nombres y características de las especies. Encontró en la vela un cómplice, pues estaba por consumirse y fue la excusa perfecta para cerrar el libro y dejar las preguntas para un lejano después.

Pero Floremiro Agualimpia Cañadas se azaró al sentir que la nana Caldongina le estaba pasando los problemas de una pensadera que no tenía cómo responder y que empezaba a generarle características de especie, para ser más exacto, de *Conocarpus* especie. Durmió mal, sudó mucho, se movía en la cama pa'llá, pa'cá, y a las cuatro de la mañana que se levantó se sintió extenuado por haber estado toda la noche como un mangle negro.

Se fue rapidito sin desayunar: no quería encontrarse con Secundina y que ella leyera en sus ojeras que era verdad lo que había leído en el libro. Pasó un día de espanto sin poder mirar los árboles, las flores, los frutos, las hojas, las enredaderas con los mismos ojos de antes; ahora eran erectus, pubescentes, tomentosas, adulterinas, puritanas o pouterias, pero para él, todas tenían el envés completamente tormentoso. Le daba temor tener que regresar por la noche a la rutina de lavada, comida y vela prendida, pero sobre todo se enmiedó con la leída. ¿Qué más cosas podían aparecer en ese libro que le alborotaran a Caldongina la pensadera y la preguntadera, y a él la sudadera y el conocarpus de su mangle negro?

Llegó a la casa y le dijo a Caldongina, sin mirarla a los ojos, que se sentía mal, que el viento y el aguacero lo tenían ardiendo. No se lavó, no comió, no prendió la vela y se acostó a revolcar en la estera todo: su cuerpo y su conocarpus.

Secundina no se enteró de que Floremiro Agualimpia Cañadas había llegado, no con fiebre sino con el envés tormentoso; prendió la vela, cogió el libro y empezó a leer: *Ochroma lagopus* sw, palo de balso: tronco liso, ramificación abierta en sombrillas, flores con cáliz en forma de embudo, tomentoso exteriormente, interiormente seríceo, fruto erecto dentro de un abundante vello sedoso, pardo amarillento.

Bursera simaruba: indio desnudo, secreta savia aromática.

Brosimun utile: perillo, secreta látex blanco, tiene inflorescencia grande leñosa en forma de borla espinosa, pero solitaria.

Sin saberlo, estaba leyendo el tormento que acongojaba a Floremiro Agualimpia Cañadas, sudoroso y solo en la estera; por primera vez no hizo la asociación, apagó la vela y se fue a dormir.

Al día siguiente y todos los días que siguieron aumentó el tomento de Floremiro, que se agravó tanto que tuvieron que llevarlo urgente en la champa al hospital de Quibdó.

Caldondina se quedó en Samurindó al cuidado de la casa y de los árboles, de flores, frutos, enredaderas, pouterias, pubescentes, tomentosas, adulterinas y puritanas, sin sospechar que el *conocarpus* de Floremiro lo había enfermado porque era al tiempo palo de balso, *Bursera simaruba* y *Brosimun utile*.

Floremiro nunca regresó a Samurindó y cuando llegó un nuevo botánico a reemplazarlo, Secundina metió en una chuspa dos blusas, una falda, miles de piecitos de todo lo que estaba sembrado, y el libro *Ciencias de la tierra* y se embarcó hacia Quibdó.

Vino a trabajar a mi casa, llenó la paliadera de ritmos de luz, movimiento, color y olor con todo lo que sembró y

solo cuando se percató de la arrechera del meneo que se veía donde se amaban los palos de borojó, supo que todo su ritmo se desasosegó cuando Floremiro Agualimpia Cañadas le enseñó a leer que la calentura, el amor y la arrechera tienen el mismo ritmo en los hombres, en las mujeres, en los árboles, en las flores, en los frutos, y –lo más revelador para ella– en el *Conocarpus erectus* y no solo en el envés sino en el raquis tomentoso. Desde ese momento, ella siempre soñó en llegar a ser como el sapotillo para encontrar a Floremiro y tener con él un fruto pero con ritmo de cáliz persistente.

Tomado de: Posso Figueroa, Amalia Lú. (2002). Secundina Caldón. En *Vean vé, mis nanas negras*. Bogotá, Colombia: Ediciones Brevedad.

Región
Orinoquía

– *Cuento* –

El Llano: viento y agua

Carlos “Cachi” Ortegón

Región Orinoquía

En los Llanos, la cordillera Oriental se vence ante la infinitud de la planicie. En el piedemonte se empieza a proyectar el paisaje a veces seco, a veces surcado por ríos, que deja atrás las grandes alturas para dar paso a los pantanos, pastizales, sembrados y a los árboles pequeños que crecen a orillas de los diferentes afluentes de la vertiente del gran Orinoco. Los hatos son casi el único tope a la vista en cientos de kilómetros. También cortan el horizonte los yacimientos de petróleo, de los más importantes del país.

Carlos “Cachi” Ortegón

(Casanare, 1964). Abogado, compositor, escritor e investigador de la cultura llanera. Cofundador del Festival Internacional de Contrapunteo y Voz Recia Cimarrón de Oro en Yopal, evento que promueve el joropo. Este enamorado de los Llanos, junto a otros investigadores, logró que la Unesco declarara los cantos de vaquería como patrimonio cultural inmaterial de la humanidad. Ha publicado ensayos, crónicas y un libro para niños.



*Sobre los Llanos la palma,
sobre la palma los cielos...*

La copla anda por el Llano.

Recorrer el Llano, todo el Llano, no es nada difícil, si uno es la copla... o el viento.

Tiene que ser el viento para conocer toda esta tierra, palma a palma.

Más que eso, tiene que ser vientos, muchos cientos, vientos alisios.

Pero si es el viento, tiene que ser verano.

Ahora mismo, este diciembre, el viento ya se barajustó y desde bien temprano pasa tumbando las hojas secas de los mangos del patio. Al mediodía el sol chirrea sobre los pajonales. En la tarde el agua se recoge en los esteros, abandona los bajos, se hunde en los jagüeyes. Las chicharras ponen a sonar su diapasón.

Verano. El verde se deshace. Deja de ser. Se reparte otra vez en azul y amarillo. Azul arriba, en el cielo, un tono más azul que el azul cielo. Amarillo abajo.

Amarillo. Poco a poco, sutilmente, el mandato del sol va imponiendo su color a cada hoja, a cada espiga, a cada cosa. Un día el mandato se vuelve orden perentoria y los floramarillos encienden su anuncio dorado: el mundo se seca.

¿Qué es primero, el viento o el verano? No se sabe si es el viento el que empuja el verano o si es el verano el que invita a venir al viento y le tumba las trancas.

¿Qué fue primero?

Primero fue el Llano. Una tierra con memoria de mar.

Y el viento que lo recorre en los veranos arranca allá, desde el mar, desde el Atlántico, desde las bocas del Orinoco. Trae recuerdos cálidos y salobres, y empieza a marchar. El camino es largo, tiene mucho por conocer: mil trescientos kilómetros por delante. No es un solo camino, puede escoger entre los muchos que caben en su anchura de quinientos kilómetros o su angostura de doscientos.

El Llano es un ancho y largo camino del viento.

La marcha no es difícil, el viento corre sin obstáculos. Un salto corto mientras supera la cordillera de la Costa en Venezuela, alguna duda juguetona entre los recovecos del delta del Orinoco, y la llanura por delante.

Desde noviembre comienza el viaje del viento. Se viene a ras, sueleando, no encuentra en esos mil trescientos kilómetros ni un cambio repentino de altura, ni una cordillera, ni una montaña, apenas barrancos y médanos. El mundo es plano, llano. Se viene desenredando morichales, peinando pajonales siempre con el pelo hacía el occidente, empujando garzas y oleajes, remontando ríos.

Pasa el tiempo y el viaje sigue. Por enero y febrero el viento madruga a salir y le coge la noche andando. Por enero y febrero y marzo a veces se trasnocha a esperar la luna y acompañarla. Por febrero y marzo y a veces abril, ha perdido el rumbo y cada rato se para a preguntar el camino. Cada vez su aliento es más cálido, cada vez carga más candela adentro.

Todos los colores se funden a negro.

Entre más viento menos agua. Se recogen los caños, los ríos son un resumen, la lluvia se olvida seis meses de caer. Entre menos agua menos hojas. La sombra es el esqueleto de los árboles, la espina es el fantasma de la flor. Entre menos hojas más calor. El mundo se derrite, la vida adelgaza. Entre más calor menos viento.

Hasta que en el occidente la brisa se aburre de golpear en el pecho de piedra de la cordillera, y se le ronquea la voz de gritar en los abismos. Por ahí no pasará, no va a conocer más que el Llano. Tiene que devolverse o quedarse a dormir en los helechos.

Hasta que en el sur el viento se deshoja entre la selva y decide poner a anidar entre los árboles su incontable manada de pájaros traslúcidos.

Hasta que en el oriente se agota el manadero de la brisa.

Entonces, en marzo, la palma descansa, el viento se aquieta.

Ya lo sabe todo sobre el Llano.

El llano azul de ríos, el llano escrito de ríos, Eduardo Carranza.

Saber del Llano, saber todo sobre el Llano, no es nada difícil... si uno es el agua.

Tiene que ser el agua para saber todo sobre esta tierra, palmo a palmo.

Más que eso tiene que ser cañada, estero, chubasco, manantial, rocío, aguacero, caño, gota, río, tinaja, raudal, jagüey...

Pero si es el agua, tiene que ser invierno.

Será en abril, en mayo –cuando tenga aliento húmedo– que el viento se devuelva, se revuelva y se disuelva.

La tolvanera tuerce hilos de polvo y ceniza; el carrao se queja; las flores son un borroso recuerdo; el terronal se resquebraja; se revienta la cuerda de la chicharra; el ganado abreva en el esterón del espejismo. La tierra sueña con agua.

El Llano es una boca abierta de sed ilusionada.

Entonces llega el momento, mientras más se tarda en suceder, más cruento es. El cielo deja de ser azul, el firmamento se cierra a punta de brochazos oscuros, un sordo rumor se acerca, una cuchillada de luz rasga el papel quemado del horizonte, la tierra tiembla, se estremece. Cae la primera gota y caen otras, caen muchas, el cielo se viene abajo en mil cataratas, el río de arriba se voltea y cae y cae y cae y llueve y llueve y llueve.

No deja de llover. Abril y mayo, pasan lloviendo.

La sabana agradece, abandona el luto, se ríe, se colorea, viste de flores, camina de prisa, se sube las enaguas. Los árboles florecen de trinos y de nidos, las plumas cambian de pájaros, los caños salen a pescar, hay cosecha de alas y aletas y pétalos y aleteos.

La vida va engordando.

El agua es todo: dibuja, talla, forma, colorea; es un camino que camina; da permiso de pasar o de fundarse; es otra sabana, rumbeadora de bongos y curiaras.

El Llano es una tierra de agua.

Tanto que las tierras se llaman como las aguas. Son los Llanos del Meta, del Vichada, del Casanare, del Arauca, del Apure, de Portuguesa, del Guárico, de Cojedes. La suma de todas las tierras se llama como la suma de todas las aguas: Llanos del Orinoco.

El Llano es un arpa de cuerdas de agua.

Sigue lloviendo. En junio y julio el Llano está hondo, *se bebe el agua parao*; la tierra, inundada y descontenta, cambia su reclamo.

La vida se deslíe.

Alguien le atiende, en agosto no llueve tanto, hay un veranillo, tregua de agua.

El mundo entonces se sacude y se pone a secar.

Pero no dura mucho, septiembre y octubre son meses de chubascos, truenos y tempestades. El Llano se pone a temblar tras los relámpagos. Zapatea la lejura.

Hasta que, en noviembre, las nubes tienen afán y pasan de largo con su bulto de agua.

El agua se va pero aún no hace falta.

En diciembre el mundo es todavía un abecedario de verdes.

Y volverá a romper la brisa el calendario nuevo.

Anunciando verano.

Y trayéndolo.

Así ha sido y seguirá siendo. En ese vaivén de agua y viento, de invierno y verano se mece esta vida, se mueve este Llano.

Viento de agua.

Tomado de: Ortigón, Carlos "Cachi". (2014). El Llano: viento y agua. En *El Llano a ras de cielo*. [e-book]. Cali, Colombia: Contravía Films.

Región
Amazonía

– Fragmento de la novela –

En el corazón de la América virgen

Julio Quiñones

Región Amazonía

Territorio de selvas vírgenes que trepa por el sur hasta ocupar casi la tercera parte del área total del país. La mayoría de sus habitantes son árboles intocados, patrimonio natural y promesa de supervivencia para la Tierra. A la región la surcan ríos verdes, rojos y ocres dentro de los que viajan las especies migrantes, mensajeras de la diversidad y la abundancia. Desde el piso de la selva hasta las copas de los especímenes más frondosos se observa la misma generosidad en formas de vida.

Julio Quiñones

(Nariño, fecha desconocida) De Quiñones sabemos poco: en 1907 viajó desde Pasto hasta Putumayo en calidad de enfermero de la expedición del General Pablo J. Monroy para enfrentar a los caucheros peruanos, especialmente de la Casa Arana. Con el tiempo, terminó trabajando como siringuero y huyendo al interior de la selva, donde convivió con el clan nonuya de la comunidad uitoto hasta 1911. De su experiencia nace esta novela, *Au Cœur de l'Amérique Vierge*, publicada originalmente en Francia en 1924.



AMÉRICA VIRGEN

Introducción

Más de una vez la quilla de mi barca hendió las ondas del Amazonas soberbio, rey de los ríos. Rey, él lo es, tanto por la majestuosa serenidad de sus ondas a veces espantosas, como por la abundancia prodigiosa de sus aguas que van rodando como un torbellino, o por la impetuosidad de su corriente sonora y turbulenta que asola y arrastra irresistiblemente todo lo que le hace obstáculo; él lo es también por la profundidad de su lecho donde a veces la sonda apenas alcanza el fondo. Él lo es aun, y sobre todo, por el embrujo misterioso de su belleza grandiosa que atrae, encanta y subyuga, dejando en el alma la imagen de los bosques seculares, suavemente iluminada por el resplandor nostálgico de lúgubres crepúsculos.

A lo largo de las orillas de ese río único, aparecen a lo lejos, como una acuarela encendida por la mirada de un

sol agonizante, bosques de una extensión y riqueza infinitas, ofreciendo a la vista encantada un panorama maravilloso que se apodera del alma y deja en ella una impresión de ensueño.

En verano, a través de los sauces melancólicos y las fantásticas palmeras, se dibujan con esplendor en el horizonte ricos pastos naturales de un verde tierno donde vienen a posarse las cigüeñas blancas, que meditan inmóviles como esfinges de color de alba. De lejos, esas llanuras seductivas, semejan campos cubiertos de nardos o de lirios como los paisajes de algún rincón perdido de los alrededores de Niza o de Sorrento...

En invierno esas vastas llanuras se inundan, y las cigüeñas emigran hacia regiones sin duda más favorables.

En el agua inquieta y turbia, al declinar el día, solo emergen y flotan las palmeras y los sauces que agitan lentamente sus follajes húmedos sobre las ondas que agita la brisa ligera de la tarde.

En su continuo esfuerzo, el flujo y reflujo mina lentamente grandes porciones de la selva que la corriente súbitamente desprende y arrastra, formando por el entrelazamiento de árboles y lianas inmensas balsas flotantes que hacen soñar en las islas legendarias, y que al caer de la tarde, en la inmensidad líquida y sombría, pasan silenciosas como enigmas.

A lo lejos se divisan viejos árboles secos, despojados de todo su esplendor de antaño, curvados por su peso y por el peso de los años sumergidos en el agua que desdeña arrastrarlos hacia la corriente.

Cual lejanos recuerdos, ora de sufrimiento, ora de goce, no pasan con la corriente de la vida, aun cuando estén por el tiempo sumergidos, mudos perduran como sombras invisibles en la memoria y en los sueños.

Sobre las cimas orgullosas que se esfuman en el horizonte inflamado, las palmeras indolentes se mecen desdeñosas, los árboles gigantes y los árboles de caucho yerguen impasibles sus cabezas temblorosas, desafiando la cólera de los vientos, la tempestad, la tormenta y el hierro que empuña la mano del hombre. De las chozas y cabañas, el humo, cual incienso místico, sube hacia los cielos, blanco y puro, humilde como el símbolo de la paz y de la felicidad que reina en el hogar salvaje, donde la maldad no encuentra nunca asilo.

...Y la hora del crepúsculo llega dulce y lenta... El sol ya moribundo flota en el horizonte como un nenúfar de oro en un lago de sangre, y derrama sus últimos destellos sobre la selva sonora, sobre la selva profunda... ¡A la hora deliciosa de las nostalgias... a esa hora indefinible y suave, cuando el alma se siente sobrecogida como de un pesar sin nombre! Los pájaros en bandadas silenciosas pasan

rápidos como sombras, ganando sus nidos disimulados en el ramaje del roble secular o del cedro gigante que abraja y ampara sus amores.

El bajel de la noche avanza como un fantasma negro, y tristemente a su paso extiende un velo sutil de vapores que esfuma lentamente los últimos tintes de sangre dejados por el astro de la vida alrededor de su tumba.

La luna surge entonces y mira amorosamente los bosques que ella añora. Sus lívidos rayos se posan sobre la onda oscura y calma; como la mirada de ojos que han llorado mucho, se refleja a veces sobre un cristal envejecido.

Constantemente del seno de la selva se desprenden como largos sollozos la voz doliente de la brisa, el rugido de las fieras, el croar de las ranas en los pantanos, el lamento desgarrador de las gaviotas en las playas solitarias, y las mil voces de la naturaleza que el corazón humano no podrá comprender jamás. Entonces la selva, ora nos atrae, ora nos espanta; el gemido del viento trae al oído asombrado esos profundos acentos, sinfonía maravillosa y eterna, como si un arpa de cristal y plata, bajo la mano mística de la diosa de los bosques, hiciese vibrar sus invisibles cuerdas dejando correr seductores acordes que sin cesar repiten:

«¡El gran Pan no ha muerto!».

CAPÍTULO I

El tigre¹, ese enemigo del hombre primitivo, devastaba la floreciente tribu de los nonuyas.

El valiente Fusicayna, jefe de esta tribu, renombrado como sabio y temerario, bien que él hubiese con el corajudo Ifé, hermano de su esposa y jefe de la tribu de los yauyanos, sometido a más de veinte tribus y extendido su dominio más allá del Giddima, no podía, a pesar de su audacia y su ciencia, conjurar el mal que afligía a su tribu.

Cada día el tigre hacía una nueva víctima y sembraba por todas partes el dolor; se hubiese dicho que la terrible fiera no se saciaba nunca, tan elevado era el número de sus víctimas. Su sed de sangre humana no se apagaba jamás. Él seguía con ojo ávido los pasos de los indígenas, recorriendo los caminos y senderos, y sus huellas se encontraban en todas partes sobre la tierra húmeda.

A veces, el desgraciado indígena, al declinar el día, ignorante del peligro, regresaba con paso tranquilo a su apacible hogar, fatigado del esfuerzo cotidiano y satisfecho de su jornada; pero el tigre acechaba en un zarzal o detrás de una palmera. Él le deja pasar y le contempla con la alegría

¹ Jaguar: el tigre americano tan feroz como el de Asia, cuando está cebado [Nota del autor].

feroz del felino; luego le sigue furtivamente al abrigo de los arbustos, invisible y sin ruido; de repente, más rápido que el relámpago, se lanza sobre su presa, clava en su espalda sus terribles garras y le abre la nuca con sus dientes poderosos; en vano la desgraciada víctima trata de luchar, bajo esa masa enorme, cae abatida y sin defensa, los ojos ya velados por las sombras de la muerte.

El tigre, entonces, bebe a largos tragos la sangre chorreante y engulle sin descanso la carne que arranca a jirones, luego se aleja, gana a pasos lentos un arroyo y, después de haber calmado su sed siempre inmitigable, retorna a devorar los restos de su víctima, rugiendo de furor.

En vano los más valientes y los más astutos de la tribu tendían trampas con los restos de las víctimas y acechaban al tigre armados de largas lanzas de bambú, porque no llegaban nunca a destruir a ese enemigo terrible. Fusicayna, él mismo, despreciando el peligro, se aventuraba solo por los senderos más alejados. Ese bravo indígena tenía confianza en su fuerza y su bravura, jamás aun domadas por un coraje superior. No obstante, sus continuos esfuerzos y su celo resultaron vanos. El tigre escoge él mismo su presa y, como todo felino, no atacando sino por sorpresa, aprovecha el momento oportuno.

Las mujeres, aterradas, desde muy temprano hacían grandes provisiones de agua para los trabajos domésticos,

porque después del crepúsculo, ninguna de ellas, bajo ningún pretexto, se arriesgaba a salir fuera de las casas.

Todas las noches los brujos y los espiritistas se embriagaban con un líquido negro y muy amargo extraído del tabaco para tratar de encontrar en su visión la causa de la desgracia que los afligía, y un medio eficaz para combatirla; entre ellos se hallaba un brujo famoso, venido de la tribu de los jeduas, quien prendado de los encantos de la hermana de Ripetofe, compañero y amigo de Fusicayna, la pidiera en matrimonio; y sus deseos habiendo sido exaudividos por toda la tribu de los nonuyas, olvidando su patria, se quedara a vivir entre ellos.

Una noche, como de costumbre, estando todos sentados al frente de la puerta principal para la reunión que efectuaban después de la comida, que ellos llaman Yera, la alegría habitual estaba ausente, no teniendo ni coraje para discutir en alta voz, puesto que todos los asistentes tenían las miradas como distraídas y el oído atento al menor ruido. Cerca del pilar, al pie del cual tenían lugar tales reuniones, el jefe acurrucado tenía en la mano una antorcha de popay² medio apagada, cuando de repente hizo su aparición el brujo, que todos llamaban Oyma (que significa cuñado), y se sentó en medio de la asamblea.

² Popay: árbol resinoso del que se sirven los indígenas para alumbrarse [Nota del autor].

–Yo voy a tratar a mi vez –dijo– de hallar el medio de libertar a la tribu de mi esposa de la gran desgracia que pesa sobre ella. Yo no quiero permanecer ignorante de la causa de la venganza de estos brujos enemigos. Vosotros sabéis todos que el tigre es una metamorfosis de brujos de tribus ignoradas que, apoyadas por los espíritus de las víctimas derribadas bajo la potencia de nuestros golpes, buscan su revancha bajo la forma de un tigre feroz.

Y tomando en sus manos una gran vasija de barro llena de ese brebaje negro que se extrae del tabaco, lo bebió con avidez.

En seguida comenzó por inclinar la cabeza, e inundándose su frente de sudor terminó por caer como una masa inerte, pálido como la muerte.

Se hizo entonces un gran silencio; todos permanecían inmóviles como él, al resplandor de una antorcha moribunda que espantaba más aún que la sombra... De repente, un silbido llenó la casa sumida casi en las tinieblas; Oyma, tendiendo los brazos hacia el sitio de donde emanaba ese ruido singular, declara entonces: «En mi triste visión aparecen todavía muchas víctimas, pero antes de la próxima luna, el tigre será derribado».

Su respiración se hacía cada vez más jadeante y cesó de hablar.

Entonces el viejo Gitomagueño, el sabio naturalista e intelectual de fama, que había sido en otro tiempo maestro de Fusicayna, iniciándolo en el arte de la guerra, en la contemplación de la naturaleza, en la adivinación del porvenir por el movimiento de los astros y por el vuelo de los pájaros, así como en la ciencia de sus tradiciones metafísicas y mitológicas, tomó la palabra y, en un tono solemne, comenzó a interrogar al brujo dormido.

–Entonces –le dijo– el tigre, ese símbolo horrible de la venganza humana, que por su astucia feroz y por su poder destructor ha llegado a ser no solamente un enemigo indomable, sino tal vez el castigo sobrenatural de nuestros deslices, ¿será al fin derribado?

–Sí –dijo el brujo–, pero yo temo por la suerte de nuestra tribu, hoy día tan numerosa y floreciente; veo una sombra fatal que la circunda. Es este un triste presagio de desgracia que se aproxima y nos amenaza.

–¿Y quién de entre nosotros –añadió Gitomagueño– tendrá la gloria de matar a ese enemigo terrible que ha hecho la desesperación de nuestra tribu, soberbia en otro tiempo por su coraje y hoy día humillada por el terror?

–Ninguno de nosotros –respondió el brujo, que permanecía inmóvil extendido en el suelo, la frente lívida, los miembros inundados de sudor.

–¿Entonces caerá en las trampas que hemos, desde hace largo tiempo, tendido en medio de la selva, en los caminos frecuentados y en los angostos senderos?

–¡No!... un valiente joven de una tribu vecina se cubrirá de esta gloria. Él matará la terrible fiera con la ayuda de su hermano, robusto y atrevido. Yo veo al tigre con el cuerpo largo y matizado, extendido en el polvo y rodeado de ramas inflamadas.

–¿Y cuál es esa desgracia –pregunta Gitomagueño– que tú ves cernirse sobre nuestra tribu?

–Una violenta epidemia que el tigre al morir engendrará con su aliento pestilente, propagándola en todas las tribus de nuestra raza. Ese sería el último esfuerzo de su odio y de su mortal venganza.

Entonces todos, acongojados por tan funestos augurios, sentían un nuevo temor deslizarse en sus corazones. El mismo Gitomagueño, confuso y desconcertado, no queriendo saber más, permaneció silencioso por largo tiempo. Después, sacando de su pequeño bolso, llamado *matiri* por los indígenas, largas hojas secas de plantas misteriosas de las cuales solo él conocía la virtud, las frotó fuertemente en sus manos descarnadas y las aplicó en seguida bajo la nariz del brujo, ordenándole levantarse.

El cuerpo del brujo se agitó súbitamente con horribles contorsiones; un alarido espantoso se escapó de su pecho,

sus ojos se inundaron de lágrimas y, de repente, el corazón palpitante y los miembros fatigados, sin poder hablar, mirando en torno de él con miradas extraviadas, señalaba con sus brazos rígidos el sitio de donde emanaba de nuevo el extraño silbido.

Todo el mundo le contemplaba en silencio con el corazón lleno de espanto. El brujo trata de levantarse y vuelve a caer crispando las manos sobre su pecho. Entonces Gitomagueño y el jefe expresaron el deseo de quedarse a solas con él para interrogarlo más aún; los indígenas se fueron retirando uno después de otro a sus hogares como buscando un asilo en el lugar de sus ternuras y el olvido de tan tristes presagios en el apacible descanso.

Fusicayna, Gitomagueño y el joven intelectual Efuysito se quedaron solos contemplando en silencio esa masa humana inerte que, con voz clara, respondía a todas las preguntas que le hacían, descubriendo, cada vez más, tristes destinos para su tribu.

Con un aire de inteligencia, los tres se miraron mutuamente.

–Estoy muy curioso de saber más todavía... –dijo Gitomagueño–; a mi edad, ¿por qué temer al porvenir?...

Fusicayna, el guerrero intrépido, se quedó de repente silencioso e inquieto, como súbitamente atacado por un triste presentimiento.

–¿Para qué, maestro, queremos descubrir la suerte de nuestra tribu?, ¿qué nos importa morir a la hora que nos marque el destino, si en la misma agonía acariciamos la esperanza? ¿Para qué saber las cosas del porvenir? Viva-
mos siempre felices, vivamos en la ignorancia de los misterios que oculta el destino; que el porvenir nos enseñe a conocerlos cuando los descubra.

–Mi valiente jefe –dijo Gitomagueño–, para un anciano es siempre bueno conocer lo que ignora y, ya que la vida lo desprecia, él está obligado a hacer la corte a la muerte.

Efuyisitofe exclamó sonriente:

–La muerte no viene nunca cuando se la llama, ella llega siempre cuando no se la espera.

–Y cuando se la teme más –afirmó Gitomagueño.

–Tú tienes razón, mi viejo maestro –auguró Fusicayna–, tú solo llorarás la suerte de los nonuyas.

–La muerte –dijo el viejo sabio– no me espanta, porque ella no es sino un largo sueño en la noche de la reencarnación, luego un despertar dulce y tranquilo en un mundo ignorado.

«¿Qué tristeza no experimentarán las almas de los seres y las cosas en el momento del crepúsculo? ¡Pero ese momento es fugaz; luego vienen las sombras..., el olvido... y pronto reaparece el alba!...

»Los soles resucitan con esplendor, las flores, las hojas,

la luz, las sombras se renuevan. ¿Por qué debemos entonces espantarnos de ese momento fugaz del crepúsculo de nuestra vida, si esperamos volver a ver la aurora de días que recomenzarán?».

Todos permanecieron silenciosos.

–Pues bien –dijo Fusicayna–, esperemos ese despertar...

Gitomagueño tomó entonces la cabeza del brujo entre sus manos y le ordenó levantarse.

El brujo se despertó de su sueño letárgico, ignorando todo de las desgracias que había predicho a su tribu. Después, todos se retiraron a sus hogares.

Fusicayna, una vez solo, se interrogó a sí mismo:

«¿Debo yo temer a alguna cosa?... ¡No! ¡Fusicayna, el jefe de los nonuyas, no tiene miedo de los seres vivientes!...».

Y abandonando su hamaca se enderezó con orgullo.

Su alta talla al proyectarse de repente con el débil resplandor de un fuego medio apagado, parecía la estatua de un coloso, tallada en un algarrobo. Sus largos cabellos negros cayendo sobre sus anchos hombros enmarcaban su enérgico rostro como de un casco de largos penachos; sus gruesos músculos, estrechamente ceñidos por brazaletes de fibras de palmera, parecían dos ramas de guayacán; sus ojos se iluminaban con un fuego extraño, dándole

el aspecto terrible de un atleta en furor que sueña en feroces combates.

Todo el mundo dormía; solo su alma velaba en la penumbra de su incertidumbre. Él volvió sus miradas bravías hacia su hogar tan tranquilo, sus ojos se nublaron de ternura al contemplar a su familia dormida. Nonoray, su mujer, reposaba muy cerca del fuego; Moneycueño, su hija que él adoraba, dulce, silenciosa, se mecía lentamente en una hamaca, los brazos cruzados sobre el pecho, dejando caer sus largos cabellos en desorden como un bouquet de sombras.

Fusicayna, conmovido en el fondo de su alma por esta visión, sin detener sus súbitos ímpetus, tomó sus armas, y empujó con su mano derecha la ligera puerta de paja, que se abrió y volvió a cerrarse como por un soplo; luego, afuera, se encontró en plena oscuridad.

Tal un perro pastor que vela con un ojo, a la vez protector y agresivo, dando vueltas alrededor del rebaño de su amo, Fusicayna dio la vuelta a las casas de su tribu entregada al reposo, luego se paró ante la puerta de la suya, silencioso, las armas en la mano, desafiando así la cólera de los enemigos de sus antepasados...

No obstante, todo estaba en calma, todo permanecía dormido en el gran silencio. Espectros fabulosos se erguían ante él como una procesión mortuoria que acompañara el

féretro misterioso de la naturaleza. Las palmeras que rodeaban las viviendas salvajes, en su rígida esbeltez, parecían largos brazos tendidos hacia el cielo oscuro y vacío; los bananeros de largos penachos sombríos parecían un cortejo de sombras avanzando hacia él. Sin embargo, Fusicayna estaba solo; nada había delante de él, ¡nada!... ¡sino la naturaleza dormida!...

El jefe de los nonuyas se tenía inmóvil, apoyado contra su gran macana. Largo tiempo permaneció en esta posición, sumido en una amarga meditación...

«Estoy loco –exclamó– ¿debo permanecer así? El enemigo no se acerca a mí –continuó en su soliloquio– yo no puedo combatirlo. Entremos...»

Fusicayna, habiendo acumulado tantas sombras en su espíritu, regresó a su hogar, taciturno, afligido, y después de haber alineado sus armas en el lugar acostumbrado, mirando el fuego, se quedó dormido... La tristeza de la noche había pasado por su corazón.

CAPÍTULO II

Las palideces del alba, rasgando la penumbra, descendían lentamente de un cielo enigmático. Vapores sutiles como efluvios de rosas se esfumaban suavemente en el miraje

lejano. La luz incierta dibujaba, a través de la inmensidad transparente de una naturaleza abrupta, el simpático perfil de la tribu en desgracia.

Entre bananeros frondosos y tiernos follajes de palmeras que balanceaba el viento, cuatro grandes casas de forma circular de treinta metros de diámetro se elevaban en triángulo como cuatro pirámides cónicas de quince metros más o menos de altura, formando una hermosa plaza.

Estas casas estaban separadas unas de otras por un espacio como de diez metros y, alrededor de cada una de ellas, en la parte exterior, había una puerta para cada hogar y al frente una entrada general; la casa del jefe, más grande que las otras, miraba hacia el oriente, porque en ese lugar, según ellos, parece que se encuentra la mansión de Dios.

Al interior, cada hogar dispone de cuatro metros cuadrados en su rededor para encender el fuego y tender sus hamacas. El centro queda libre para los trabajos domésticos, las reuniones nocturnas y los bailes.

Un riachuelo, el Coma, serpenteaba alegremente entre juncos, helechos y bambúes, fertilizando vastas llanuras y bosques de palmeras, y estrechando en sus largos brazos cristalinos la encantadora comarca como en amoroso abrazo, para ir a arrojarle más lejos en el sombrío Carapará³.

³ Afluente del Putumayo [Nota del autor].

Sobre la orilla izquierda de este río que corre casi paralelo al río Putumayo, en el corazón mismo de la América del Sur, se encuentra una región fértil y magnífica, rica por la exuberancia de su vegetación y privilegiada por la dulzura de su clima. Tierra bendita y generosa, donde crecen espontáneamente cedros y palmeras y donde abundan árboles que nos regalan, con sus frutos olorosos y exquisitos, plantas medicinales y aromáticas, flores de colores sorprendentes y de perfume embriagador, en fin, todo lo que la naturaleza virgen, con todos sus encantos, posee de más hermoso y atrayente.

En el fondo de la selva, en medio de flores y palmeras, fuentes bulliciosas expanden sus aguas blancas y puras, diáfanas como el cristal, arrulladas por mil gorjeos y murmullos y acariciadas por la fresca sombra de la selva infinita.

En esta encantadora región se extiende el dominio de los indios güitotos o huitotos.

Todas esas tribus viven de la caza y de la pesca y, sobre todo, de la libertad y de la afición, como los árboles y plantas de esas regiones inmensas viven de la luz y del calor del sol. Aquellos indios consagran toda su ternura al hogar que ellos adoran; pero aman también el combate, y su brazo en él es terrible. Su corazón es el matorral que da albergue al inocente pajarillo y también al reptil...

En su vida tan primitiva avanzan desnudos de alma y cuerpo; las mujeres no llevan otro atavío que su larga cabellera, y los hombres una especie de faja de tela hecha de corteza de árboles.

Entre todas aquellas tribus, la de los nonuyas era la más floreciente.

Fusicayna salió temprano, habiendo pasado toda la noche en una especie de sopor, viendo constantemente la horrible figura del tigre que devoraba a sus súbditos. En su alucinación, veía cadáveres ensangrentados tendiéndole los brazos como para implorarle su protección. Abrió los ojos y la luz naciente fue para él como una promesa de bienestar que dispó la horrible obsesión que le había atormentado toda la noche.

Fusicayna pasó todo el día en la selva y no volvió sino muy tarde a su hogar. Su familia muy inquieta por su tardanza, no acostumbrada, se puso feliz al verlo regresar.

Moneycueño corrió en seguida a su encuentro; su mujer siempre cariñosa se apresuró a darle la bienvenida, presentándole una comida succulenta.

El gran jefe de la tribu afligida, taciturno y sombrío, apenas probó la comida. Se levantó impaciente y fue a sentarse solo, y sin decir palabra, frente a la puerta principal y al pie del gran pilar donde todas las noches tenían lugar las reuniones.

Todos los indígenas, con aire asombrado, se miraron mutuamente.

Fusicayna tenía en la mano una antorcha de popay; en una pequeña vasija de barro cocido, colocada delante de él, moviendo y removiendo tranquilamente con sus largos dedos un pedazo de masa de tabaco comprimido, mezclándolo ora con agua, ora con cenizas de hojas de viña silvestre, hasta que esta masa estuvo completamente disuelta. Luego, chupándose los dedos mojados en el negro brebaje, con singular voluptuosidad, invitó a todos sus súbditos a probar la extraña mezcla, símbolo del juramento, según sus tradiciones; porque esta mezcla de cosas amargas y desagradables no es otra cosa para ellos que el símbolo de la vida con sus sinsabores y amarguras.

«Este brebaje es amargo como la suerte de los hombres, acerbo como el juramento, decía una vez el jefe de la tribu de los yahuyanos, por eso al hombre no le gusta la amargura, hombre y juramento nada tienen en común.

»Nuestros antepasados, decía el mismo jefe, fueron como nosotros, sin embargo, nosotros no somos como ellos. ¿Dónde está la diferencia? Nuestros antepasados vivían del porvenir y nosotros vivimos del pasado, porque en nuestra ignorancia, vivimos siempre atormentados por la añoranza de las cosas desaparecidas».

–Hace un momento os había llamado a la Yera –dijo Fusicayna–, pero vosotros no habéis escuchado mi palabra, porque no lo había hecho en el orden jerárquico, conforme a vuestra dignidad. ¡Pues bien, esta noche, sin distinción alguna, venid mis hermanos, venid todos en tropel, yo no creo más en las tradiciones, yo no creo más que en mi desgracia!

Ancianos, orgullo de nuestra raza, intelectuales, sostén de nuestras creencias, brujos estupendos, fieles intérpretes del destino de los hombres, niños, tiernos vástagos de nuestra especie, mujeres, dulce medio de la generación; yo os llamo esta noche sin pronunciar vuestros nombres. Venid todos juntos hacia vuestro jefe desgraciado; el mismo peligro, sin distinción, pesa sobre nosotros.

¡Venid todos esta noche a probar la Yera; la Yera ha sido siempre nuestro juramento. Esta noche está más amarga que de costumbre, porque es vuestro jefe lleno de vergüenza que la ha preparado, él mismo, para anunciaros, no su debilidad, sino su impotencia!

¡Desde que nació el día hasta mi regreso al hogar he caminado mucho, esperando encontrar el enemigo siempre invisible para mí! ¡En todas partes donde el peligro parecía amenazarme yo le he lanzado mi desafío, sin embargo, nada, nada!..., ¡solamente huellas de sangre en todas partes derramada!

¿Para qué sirve el coraje?, ¿para qué sirven las lágrimas?, ¿para qué sirve la experiencia de los hombres, cuando ellos están bajo las garras de la fatalidad? Este pájaro ciego que no se alimenta, como decían nuestros mayores, sino de lágrimas y de prematuros dolores.

¡Oh! nonuyas, ¡nosotros somos esta vil presa, a punto de desaparecer por el capricho incomprensible de un destino nefasto! ¡Pero tenemos aún el orgullo y el coraje, somos nonuyas! Muramos con alegría, conservando hasta el último momento nuestro orgullo de vencedores de hombres, muramos humillados, no por nuestros semejantes, sino por la fatalidad.

La declaración de Fusicayna fue como una explosión que encendió de repente, en cien corazones, el entusiasmo. Todos confusamente: ancianos, niños, jóvenes, hombres maduros y viejos, como guiados por una fuerza invisible, extendían sus brazos con los dedos rígidos para hundirlos con presteza en la pequeña vasija que ocultaba el juramento y se disputaban el turno para prestarlo.

Fusicayna se irguió con dignidad en medio de la asamblea y dijo:

–La Yera es la buena fe y el sentimiento de los corazones llenos de ideales. Dejad hablar a los ancianos, los intelectuales, los médicos y los brujos; escuchémoslos, pero todo el mundo es libre de dar su opinión.

Veamos –continuó Fusicayna–, el tigre... ¿qué es lo que es el tigre?, ¿nuestros enemigos o nuestras tradiciones?

A mis enemigos yo los he vencido, nuestras tradiciones son impotentes ancianos, y yo no llevaré mis manos sobre ellos porque ellos son demasiado débiles para el coraje de un guerrero.

Naturaleza, único consuelo del hombre, si tú me inspiras la fe, la esperanza, el amor, ¿por qué no me prestas el secreto de tu fuerza y la antorcha de tu sol para recorrer el espacio? Tengo miedo del vacío, tengo miedo de la nada... Si tú eres el vigor y la felicidad de los hombres, ¿por qué tus caprichos son tan nefastos a la ambición humana?

Tú no me respondes, pero tu lenguaje silencioso murmura sin cesar tu eternidad.

¡Hombres, fantasmas, creencias, todo no es más que una eterna quimera! ¡La sola verdad que vela sobre el mundo es la fatalidad!».

Fusicayna, víctima de una crisis nerviosa, apoyó la frente entre sus manos temblorosas para escuchar a los ancianos.

Gitomagueño, frunciendo el ceño, extendió su largo brazo descarnado y humedeció los dedos en la Yera.

–¡Oh! gran jefe –dijo el anciano–, yo te perdono; los ultrajes de la suerte te han vuelto fatalista; comprendo ahora que en el corazón del guerrero se oculta el corazón del

niño. Muchas veces has sabido vencer a tus enemigos, no por tu fuerza, sino por tu coraje. ¿Te atormentas acaso por los dolores humanos? La piedad por los hombres sería la debilidad de Dios, porque la piedad es demasiado humana para ser un atributo divino. El hombre superior debe permanecer siempre sereno y ser fuerte en medio de la felicidad o la desgracia. Yo pongo a mi vida los colores según mis necesidades, y empleo a veces mucho negro para comprender mejor a los seres y las cosas. Es en la sombra a menudo que brilla mejor la verdad, ¡pero para aprender a conocer el mundo, hay que conservar la serenidad del pensamiento!

–El hombre crea sus temores y sus fantasmas; yo no me asombro de sus temores, yo no tengo miedo a sus fantasmas, lo que me espanta es mi ignorancia y mi debilidad.

¡Amo las supersticiones tan queridas a las almas delicadas; respeto mis tradiciones, porque no reniego de mis antepasados; amo siempre la luz nueva del sol siempre viejo! El sol, ese eterno amor, cuyo calor es la vida de los seres. Yo he tenido siempre una profunda simpatía por los crepúsculos, porque esta luz atormentada tiende sus brazos, como en un supremo espasmo, hacia una nueva aurora».

Tres ancianos hablaron a la vez. Un ardor sobrehumano henchía sus pechos; los ruidos de afuera no les

espantaban ya como al principio de la noche, pues se hubiese dicho que todos esos temores reunidos habían engendrado un coraje superior.

Aquellos escépticos ancianos, quienes sabían todo de la vida, hablaron con entusiasmo de antiguas ceremonias y de fiestas, de viejos odios ya vengados y olvidados, de terribles batallas y de funestas venganzas; y sus manos manchadas de vejez, temblorosas, se crispaban de furor al calor de los recuerdos, y sus pechos descarnados se agitaban como indicio de una antigua pasión que resucitara y, acariciando con orgullo sus largos collares de dientes humanos, reliquias sagradas, símbolo de sus victorias y testimonio de sus valentías, con elocuencia feroz, describían las horribles batallas donde el hombre se batía cuerpo a cuerpo, dejando caer pesadas mazas de madera sobre los cráneos enemigos, de donde saltaban los sesos ensangrentados; las flechas caían por todas partes, la sangre manaba a torrentes de las heridas de las víctimas; los guerreros avanzaban entrechocando sus pesadas armas y atacándose sin tregua, dándose mutuamente la muerte. Los alaridos de los vencedores se confundían con el son de los tambores que los incitaba a la matanza; valientes, se abalanzaban en medio de la sangre, de los gemidos, llevando el fuego y la muerte en sus brazos vengadores. ¡No hay piedad en el combate, no hay gloria para el guerrero que perdona! Los ultrajes imploran la venganza y

se lavan con sangre. Los vencedores se lanzan en persecución del enemigo; las mujeres, los niños, nadie escapa a su venganza feroz, tal era el destino de la tribu vencida.

De todos los pechos se escapaban gritos salvajes, expresando así su entusiasmo, y esperaban impacientes el momento del combate, descontando de antemano los honores de la victoria y mirando con codicia los collares de los ancianos.

Los sabios, por medio de curiosas anécdotas e historietas cuyo fondo moral llevaba el sello de la sabia sencillez antigua, cautivaban la atención de la multitud. Esos grandes oradores sostenían, con una elocuencia sorprendente, las discusiones con los brujos, los médicos, los espiritistas, los ancianos, en fin, con todos los eruditos de la tribu, y comentaban los planes propuestos por su jefe, haciendo reposar la prosperidad de sus empresas sobre la sólida base de la experiencia.

Todos los sabios hablaban del Bakaki, es decir, de las tradiciones mitológicas, del principio del mundo corporal y del origen del hombre y de mil ejemplos de los tiempos pasados.

La noche pasó en un torrente de palabras.

Tomado de: Quiñones, Julio. (1948). *En el corazón de la América virgen*. Bogotá, Colombia: Editorial ABC.

La ilustradora

María Isabel López

Artista visual con énfasis gráfico. Se dedica a la pintura y a la ilustración. Ha participado en diferentes exposiciones colectivas e individuales en Colombia, España, Estados Unidos y Japón. También ha trabajado en proyectos de ilustración para IDARTES, *Revista Malpensante*, ONU, entre otros. Es la cofundadora y gestora del Colectivo Tajalápiz, proyecto que apoya y difunde la obra de jóvenes ilustradores de Bogotá. Entre sus publicaciones se encuentran dos libros editados bajo su propio sello llamado Pezlobo, y, recientemente, otros dos bajo el sello de Tajalápiz.



Este libro se terminó de imprimir
en noviembre de 2019 en papel Earth pact,
elaborado a partir de la caña de azúcar.

Medellín, Colombia.









Colombia

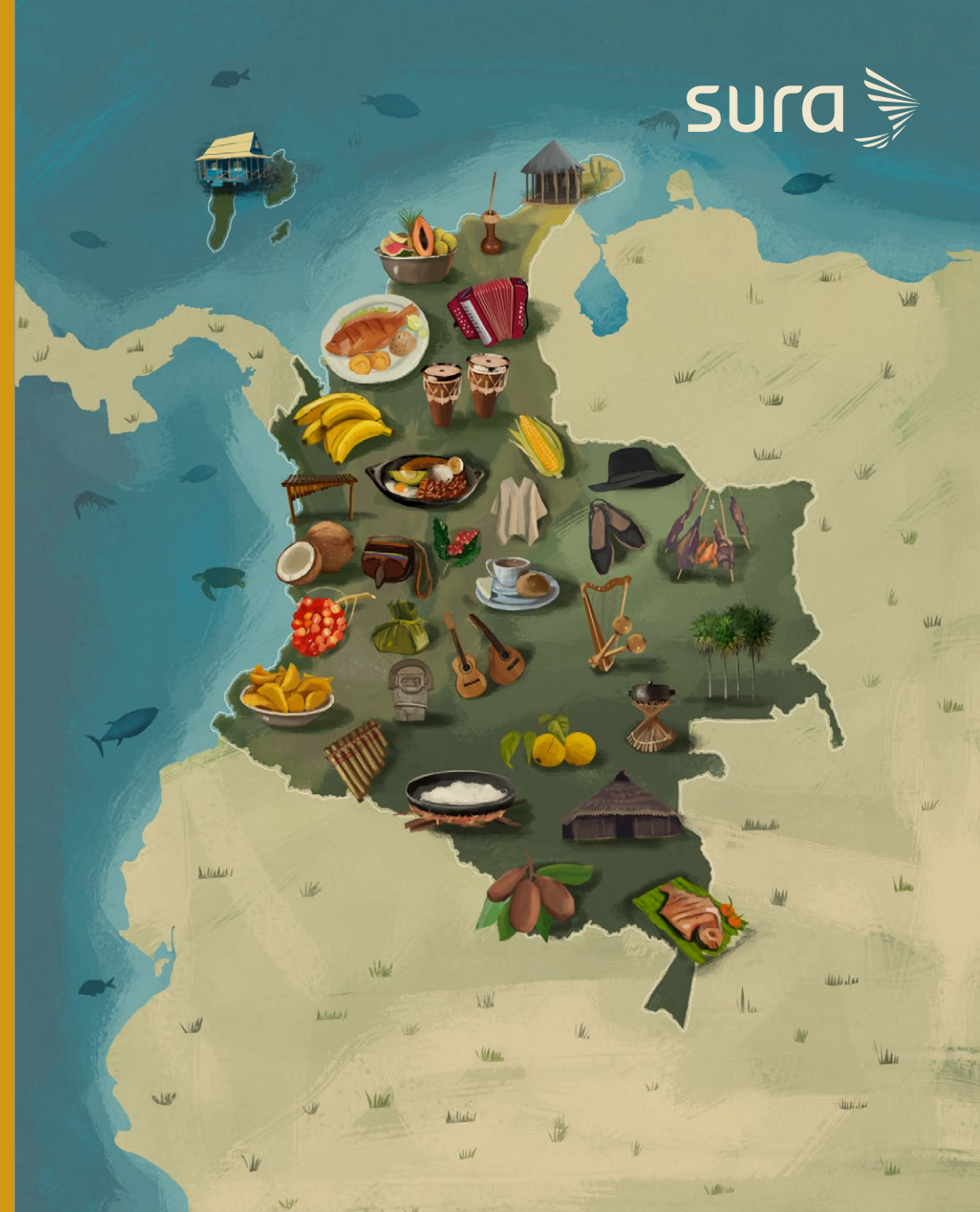
cuenta

Amalia Lú Posso Figueroa
Carlos “Cachi” Ortega · David Sánchez Juliao
Efe Gómez · Julio Quiñones
Lenito Robinson-Bent
Tulio González Vélez

Ilustraciones de
María Isabel López



Colombia cuenta



Colombia

cuenta

La colección *Latinoamérica cuenta* es una ruta que nos propusimos recorrer a través de las letras regionales. Este año nuestro lugar de partida y de llegada es Colombia, país de dos mares, cordilleras, páramos, selvas húmedas, paisajes que se extienden desde el piedemonte hasta la vera de ríos, bosques secos, fauna simpar. Tan diverso como el paisaje es el colombiano que lo habita. En estos cuentos y fragmentos hay algo del ritmo de sus voces, de su relación con el entorno, de la geografía que comparte espacio con los hombres y los desafíos. *Colombia cuenta* es, al sol y al agua, una mirada que navega las rutas más íntimas para llegar al corazón de lo que somos.